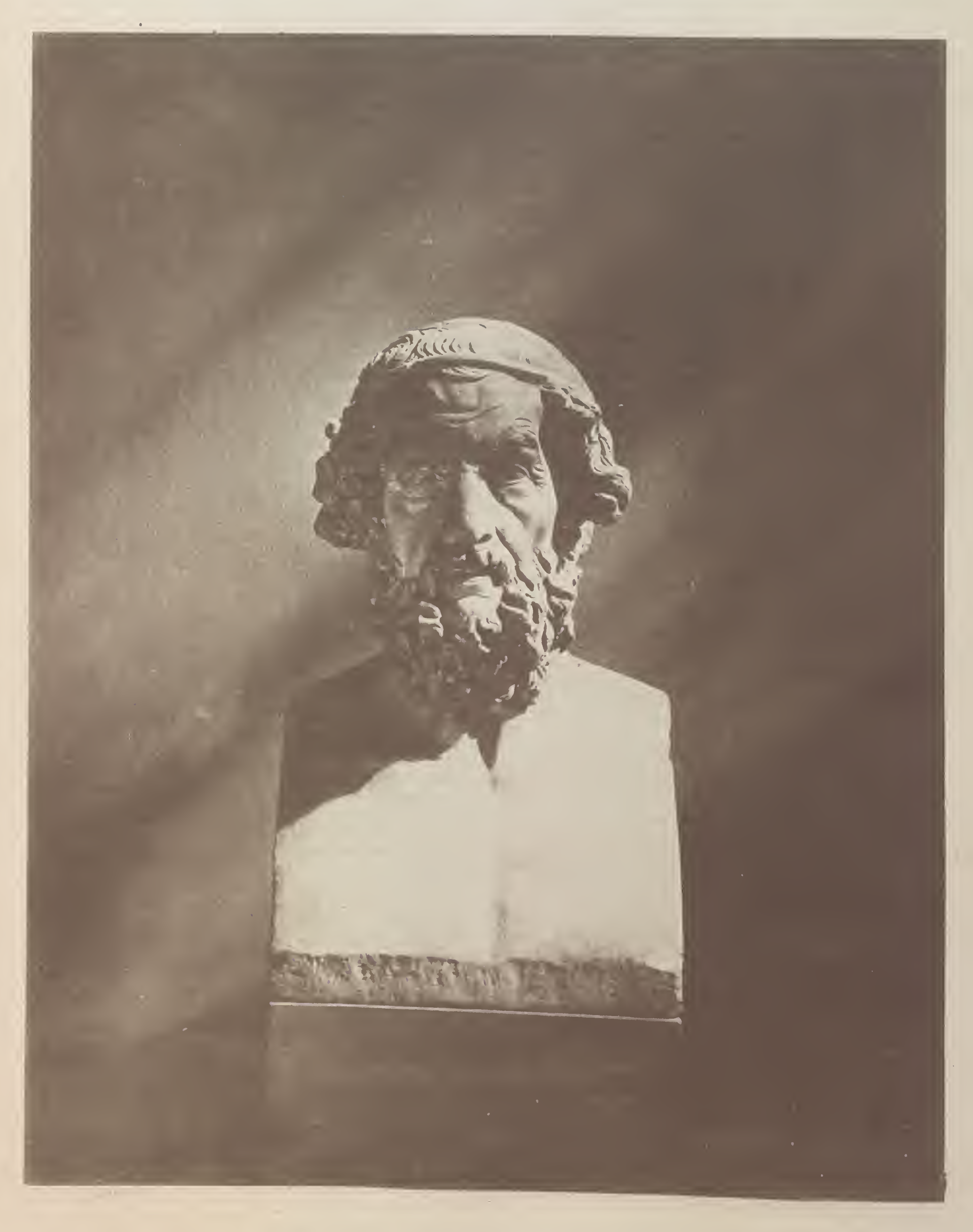
La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 28 de septiembre de 1891 — Núm. 509

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



HOMERO, busto en mármol existente en el Museo Británico

EL POEMA GEOLÓGICO

Los sabios naturalistas, encanecidos en la entretenida tarea de escudriñar y conocer los elementos que componen nuestro globo, su substancia, su situación relativa y las causas que la han determinado, se dividen el campo de sus investigaciones: dedicados unos á la *geognosia*, su esfera de acción es el conocimiento del estado actual de la corteza terrestre; otros, consagrados á la *geogenia*, nos explican de qué manera ha venido la tierra á quedar en semejante estado. El alemán Werner fué quien deslindó estos dos campos de la geología, y todos le siguieron sumisos.

Pero la sumisión no ha pasado de aquí; en la región de la geogenia se han librado muy reñidas batallas á causa de las encontradas hipótesis de que se ha partido para explicar la formación de la corteza de la tierra.

Que esta corteza no ha sido siempre cual aparece hoy, es cosa que nadie pone en duda; y que en todos tiempos han echado de ver los hombres sus transformaciones, es también innegable.

Un sabio árabe del siglo XIII, llamado Kaswini, en su libro titulado *Ad-jaïb alma Khalukat*, ó sea *Maravillas de la Naturaleza*, tuvo la original ocurrencia de escribir en forma de apólogo la doctrina de las revoluciones del globo, de la cual hacemos la siguiente paráfrasis.

Pasaba yo un día par una ciudad muy antigua, inmensamente poblada, y pregunté á uno de sus habitantes:

– ¿Sabes cuándo fué fundada esta ciudad?

– Esta gran ciudad, me respondió, no tiene origen conocido; mis antepasados la encontraron tal como es hoy.

Los muros y las torres de aquella población denotaban, en efecto, una remota antigüedad. La arquitectura de sus templos, la escultura de sus ídolos, llevaban el sello de lo que los hombres llaman primitivo cuando no aciertan á asignarle fecha.

Pasaron mil años, y volviendo yo otra vez al mismo lugar, porque mi vida no tiene fin, me sorprendió no hallar en él el menor vestigio de la gran ciudad cuyo origen había querido indagar, y dirigiéndome á un campesino que estaba allí segando hierba, le pregunté:

– ¿Desde cuándo está destruída la gran ciudad que aquí había?

– ¡Vaya una pregunta!, exclamó. Esta tierra ha estado siempre así.

– Pues ¿no había aquí mismo una ciudad populosa antes de ahora?, insistí yo.

– Nunca la hemos visto, repuso el labriego, ni jamás nuestros mayores nos hablaron de ella.

Pasaron otros mil años, volví á aquel mismo sitio y me encontré con un inmenso lago, á cuya orilla se entretenían paseando varios hombres, y pregunté á uno de ellos:

– ¿Desde cuándo existe este lago?

– Imposible parece, me contestó con desdén, que un hombre cuerdo haga tal pregunta; este lago ha estado aquí siempre desde que Dios hizo el mundo.

Volví á pasar por allí mil años más tarde, y donde estuvo el lago había ahora una ciudad soberbia, más floreciente y populosa que la primera que había yo contemplado en aquella comarca tres mil años antes; y cuando traté de inquirir su origen, me contestaron sus habitantes:

– ¡El principio de esta gran ciudad se pierde en la noche de los tiempos!

Y realmente había en ella muros y torres que denotaban grande antigüedad y templos y esculturas de aquellos que se llaman primitivos por no haber quien les asigne época cierta.

Esto que el sabio árabe puso en apólogo, encierra una gran verdad científica; á saber: que la superficie de nuestro globo se transforma y se demuda en la serie de las edades. Pero estas transformaciones, por nadie advertidas sino mucho tiempo después de consumadas, vienen verificándose desde miles y miles de años antes de que hubiese hombres que las consignaran y de ellas nos dejasen memorias. Los recuerdos, ó más bien tradiciones, de mares desaparecidos y de continentes convertidos en mares, constan diseminados en escritos de casi todos los filósofos á quienes preocuparon los grandes fenómenos del planeta donde tiene la humanidad su cuna, su teatro y su sepulcro. Esas tradiciones fueron á veces motivadas por la necesidad de explicar cómo en lo interior de extensas comarcas han podido hallarse, ya á grandes profundidades bajo tierra, ya en las montañas ó grandes alturas, fósiles de seres orgánicos que pertenecen á la biología prehistórica. Otras veces, no se sabe por qué, asaltaron á la mente de los hombres pensadores. Belo y Zoroastro consignaron en rasgos de marcado orientalismo hechos relativos á grandes conmociones terrestres; Hesiodo, al contar los combates de Júpiter y Tyfeo, nos representó el cielo y la tierra convertidos en inmensurable hoguera y el hierro licuado en lo interior de las cavernas; Thales, precursor en cierto modo de la escuela neptuniana, consideraba el agua como el agente primordial de la naturaleza, mientras Heráclito ponía en el fuego el principio generador de todas las cosas, á la manera de los modernos platonianos. Xenófanes fué el primero que se fijó en los restos fósiles de los animales; observando petrificaciones de peces y moluscos en el interior de Sicilia, sacó la consecuencia de que aquel suelo había sido mar en otros tiempos. Anaxágoras sostuvo la opinión de que los continentes estuvieron alternativamente enjutos y cubiertos por las aguas, y Aristóteles observó gran número de hechos geológicos intentando una clasificación científica de todas las substancias minerales. Interminable y pedantesca quizá resultaría la referencia á los antiguos filósofos, poetas y escritores que se ocuparon en investigaciones geogénicas; Xantho de Ledia, Teofrasto, Straton, Eratóstenes, Polibio, Lucrecio, Estrabón, Ovidio, Plinio, Pausanias, San Justino, son los legítimos precursores de Buffon y de Cuvier en este interesantísimo ramo de las ciencias naturales. Todos ellos, mezclando con sus observaciones propias tradiciones más ó menos fabulosas, nos dejaron vestigios inapreciables de las ideas del mundo antiguo respecto de las demudaciones ostensibles de la tierra, si bien á ninguno se le ocurrió buscar el más auténtico testimonio de este incesante é inmemorial fenómeno hasta que el gran Buffon señaló el camino á la ciencia moderna, la cual interroga á la naturaleza misma y obtiene de ella el secreto de su progresiva y secular formación. «Así como para la historia (escribía el insigne naturalista) se consultan los documentos y diplomas, se buscan las medallas, se descifran las antiguas inscripciones y con estos datos se determinan las épocas de las revoluciones humanas, del mismo modo para escribir la historia natural hay que escudriñar los archivos del mundo, sacar de las entrañas de la tierra los antiguos monumentos, recoger sus reliquias y reunir en un cuerpo de pruebas todos los indicios de los cambios físicos que pueden conducirnos al esclarecimiento de las diferentes edades de la naturaleza. Esta es la única manera de proporcionarse puntos de partida seguros en la inmensidad del espacio y de fijar cierto número de piedras miliarias en la vía inacabable del tiempo.» Y este ha sido el método que desde entonces ha venido siguiendo la ciencia.

Es para ésta un hecho probado que la tierra está en perennes transformaciones; pero ¿qué agentes han intervenido é intervienen en ellas? ¿A qué causa primera debe atribuirse la formación del núcleo terrestre? A esta última pregunta no satisface la ciencia humana: lo que ella puede con cierta verosimilitud explicar es la historia de las transformaciones; es decir, puede con algunas probabilidades de acierto señalar el proceso de ellas y los agentes que las producen. La ciencia moderna, rechazando lo demasiado exclusivo de los dos sistemas neptuniano y plutoniano, considera los dos principios, el agua y el fuego, como los principales agentes de la formación y de las demudaciones del involucro terrestre, al propio tiempo que reconoce que en los lentos cambios que en éste se advierten obran otros elementos ó agentes exteriores secundarios.

¡Grande y bello panorama en verdad el de la formación de la tierra! Hubo indudablemente, y acaso todavía dure, un fuego central en nuestro planeta; quizá todo él estuvo un tiempo en conflagración, como lo está hoy el sol. Quizá tuvo razón un filósofo del siglo XVII, que dijo ser la tierra un sol con corteza. La incandescencia primitiva del globo que habitamos, además de hallarse consignada en las tradiciones de los más antiguos pueblos, resulta demostrada por multitud de fenómenos, en cuya exposición no nos permite entrar la índole de este artículo. La mineralogía además confirma el principio de la formación del núcleo terrestre por el fuego: las rocas más profundas son reconocidas como productos ígneos. Sólo el fuego pudo fundir esas ingentes masas de granito y de pórfido que constituyen la base de nuestras cordilleras, y digámoslo así, la armazón del globo; sólo á su acción poderosa pueden atribuirse las repentinas y destructoras erupciones de las rocas hipogénicas que destrozaron en ignoradas épocas los terrenos de los estratos cristalinos por donde se abrieron paso, dejando en la superficie de nuestro continente las colosales huellas de la violencia y de la dislocación. Los sabios Mitscherlich y Senarmont tuvieron que subir la temperatura del agua de 130 á 300 grados para producir cristalizaciones de los minerales que caracterizan los filones metalíferos – el cuarzo, el hierro espático, la barita sulfatada, el mispiekel, la plata roja, etc.; – calcúlese, pues, por el calor que ha habido que emplear para obtener artificialmente estos minerales, en qué estado se hallaría la tierra cuando ella espontáneamente los producía. Era entonces sin duda alguna nuestro globo una inmensa masa ardiente, líquida y vaporosa.

Aquel globo ígneo de vapores abrasadores va gradualmente enfriándose en la superficie: los vapores se condensan y llegan á formar en la periferia como una túnica, pero de humo acuoso, iluminada por los reflejos de la combustión interior. Pasan los siglos, aquellos vapores condensados se esparcen más y más, y obscurecen el planeta. ¿Qué era éste entonces? Oigamos al poeta, cuya inspiración viene en auxilio de la ciencia:

El cielo entonces resplandecía,
ni por los campos del rosado Oriente
Apolo, origen de la luz, vertía
los dorados arroyos de su fuente;
la luna no menguaba ni esparcía
la luz prestada de la llana frente;
no era la tierra de aire rodeada,
ni con su mismo peso sustentada.
El Océano los bañados brazos
no había por sus márgenes tendido,
ni el invisible fuego con abrazos
transparentes al aire había ceñido;
ni el aire de los húmedos regazos
daba el vapor, en agua convertido,
que el cielo, el mar, la tierra, el aire, el fuego,
se confundían en un bulto ciego (1).

Llega el tiempo en que el denso nublado, el *bulto ciego* del poeta, baja de temperatura: de aeriforme que era se hace líquido; se forma el agua, que por el aumento natural de su gravedad cae en lluvia. Al contacto de ésta los materiales que aún ardían, pero que por efecto de la radiación iban lentamente perdiendo su calor, acaban de enfriarse; las aguas se extienden por todas las superficies planas ya consolidadas y por los senos que podían contenerlas, y comienzan los sedimentos. Mas como las superficies hondas estaban más cerca del fuego, experimentando su acción, se levantan y emergen con indescriptibles rompimientos y trastornos. Aparecen entonces las grandes masas de rocas hipogénicas, las montañas de granito y de pórfido, que combinándose á veces con los revueltos pedazos de los estratos quebrantados, dibujan islotes y cordilleras en el extenso piélago de los mares Cambrianos. Concíbese que si en aquella edad en que todavía la tierra no tenía animales ni hombres ni vegetación siquiera, hubiese podido existir quien contemplase el pavoroso cuadro de la naturaleza, forzosamente le habría inspirado ésta ideas de tremenda desolación y de incomparable terror, al ver aquellos islotes roqueños descollando en la inmensa masa fluida, aquellas calcinadas llanuras, ya cortadas por humeantes simas de inmensurable profundidad, ya surcadas por corrientes de hirvientes aguas que vertían en bituminosos y revueltos mares, ya estrechadas por altísimas y desnudas sierras.

Tenemos ya en el gran escenario del planeta en que se va disponiendo el trono para el rey de la creación – el hombre – rocas y terrenos de sedimento, los productos del fuego y del agua, los dos generadores en cuya combinación armónica hemos de

(1) *La creación del mundo*, poema del Dr. Alonso de Acevedo. *Día primero.*

hallar los grandes cuadros del magnífico poema geológico del mundo. Pasarán miles de años, vendrán las demudaciones de las épocas mesozoica y cenozoica; llegan después las de la época cuaternaria ú homozoica; viene el tiempo en que la masa terrestre ha de tomar su forma general definitiva, y entregando el Supremo Hacedor la masa de nuestro planeta á la acción inteligente de la naturaleza, á la cual ha dotado ya de todos los elementos y gérmenes de vida con fijas é inmutables leyes, la madre común saca por fin de la materia informe el hermoso y variado orbe que habitamos,

Como la osa ruda, que lamiendo
del parto informe la cerdosa pasta,
con la lengua formando va y puliendo
el cuerpo feo de su torpe casta,
y con astucia natural va haciendo
de un peso tosco, de una carga basta,
de un montón grueso un animal perfecto,
del natural instinto raro efecto (1).

Pedro de Madrazo

UNA BROMA

I

Estábamos de sobremesa.

Vinos finos de los mejores *crûs* de Francia y andaluces de las mejores marcas de Jerez y Montilla habían circulado á profusión, y la alegría más franca y juguetona reinaba entre nosotros... cuatro amigos íntimos que la casualidad reunía, una hermosa mañana de octubre, bajo los rayados pabellones de tela de un restaurant elegante en las alturas de la torre Eiffel.

Procedente cada uno de nosotros de un país diferente, al vernos juntos allí, tras larga ausencia, á tantísimos metros de altura sobre la más divertida y animada de las ciudades del mundo... rodeados de un panorama espléndido... contentos del momento presente, recordando con delicias otros de nuestros años juveniles, en los que la nota cómica resaltaba, charlábamos... charlábamos como cuatro cotorras, y la conversación tenía ese espíritu ágil y brillante que chispea, saltando de una guasa á otra guasa, de un recuerdo agradable á otro conmovedor.



CONSUELO, FLORISTA, cuadro de D. Ricardo Madrazo
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

A fuerza de tacitas de café y de copitas de delicioso Oporto, costumbre que Luciano se traía muy arraigada de Inglaterra, el diálogo comenzó á tomar ciertos matices verdosos de primavera que comienza, y con los matices perfumes amorosos, aventurillas ligeras comenzaron á saltar sobre el tapete.

Ya había contado Roberto historias orientales con su poquito de alfanje y cimitarra y los sustos consiguientes; ya nos había referido Luciano tres ó cuatro aventurillas aventuradas de la vida londinense, cuando Pedro – un político de marca de los de buena cepa – exclamó – exclamación por desgracia justificada entre meridionales:

– ¡Esto sí que es verdad!

Y á renglón seguido contó esta broma.

II

Venía de Francia á Madrid.

Me tocó de compañero en el *sleeping* un pollo elegante, conocido mío... preguntón sempiterno... un distinguido diplomático... insoportable.

Desde que salimos de París el desgraciado no cesó de interrogarme... más por oirse á sí mismo que por escuchar mis repuestas... so pretexto que en la comisión política que á mí me había llevado á Francia, debía haber tenido ocasión de penetrar grandes secretos de Estado.

El venía de Berlín y... vosotros no sabéis lo que puede molestar un pollastre que viene de Berlín... que conoce personalmente á una resma de grandes duques y de grandes duquesas, dos ó tres emperadores con sus hembras correspondientes, un gran canciller ó dos feld-mariscales y la mar de coraceros de todos colores y de uhlanos de todos los matices.

Para un pollo diplomático aquello es el colmo de los colmos, y así sea él uno de tierra de Segovia ó del propio Vitigudino, ya no ve más que germanos y germanismos... ni comprende siquiera, en su grandeza, la existencia del garbanzo y sus consecuencias en el carácter.

– Pero las instituciones, decía, esas instituciones republicanas, ¿cree usted tengan consistencia? ¿Existe realmente un ejército formidable? ¿Existe, de verdad, un espíritu público levantado? ¿Existen?... y patatín. ¿Existen?... y patatán. Y seguía y seguía enumerando cosas y más cosas y muchas que de cierto no conocía ni de vista.

¡Qué énfasis, amigos, qué énfasis! Tanto pudo decir, que me cargó, y para acabar de una vez con la racha,

– Amigo, le dije, en Francia no hay más que París y en París no hay más que cuatro grandes instituciones; eso sí esas cuatro instituciones son serias, están profundamente arraigadas, y las creo insuperables y poderosas... verdaderos veneros inagotables de riqueza pública. Estas cuatro grandes instituciones son: las modistas, los peluqueros, los restaurants y las *cocottes*. Amigo, nada más allá. Lo demás todo es filfa. ¿Comprende usted?

Pues no comprendió y siguió preguntando. ¿Qué hacer? Le dejé hablar y me dormí, pero en cuanto amaneció... pies para que os quiero... me largué á un coche de primera, el que hallé más á mano, con armas y bagajes.

Por casualidad no había nadie. Dormí como un lirón hasta la frontera, donde el jefe de estación me tenía dispuesto un reservado... y mucha amabilidad, que es lo que nos está reservado á nosotros (los grandes hombres) que no pagamos ni un real á las empresas de ferrocarriles.

Todo fué bien hasta Miranda, donde se armó un lío atroz.

Como éramos varios los hombres importantes que veníamos en el tren, y cada personaje se reservaba para su uso particular un coche entero, los pobres paganos no tenían dónde meterse y reclamaban á los empleados, que con malos modos les iban acomodando como sardinas en banasta.

Ya estaban mal que bien enjaulados los penitentes, y su gruñir se iba calmando, cuando desemboca en el andén de la estación, á toda carrera, una señora seguida de una doncella y un criado, cargados los tres con tantos maletines, sacos, bultos, líos de mantas, sombrereras, paraguas, jaulas, cestas y perrillos falderos y el todo tan mal perjeñado, que iban regando chirimbolos... y cuando querían coger uno del suelo se les caían tres.

– ¡Señores viajeros, al tren!, gritaban los empleados cerrando ruidosamente las portezuelas.

– ¿El reservado de señoras? ¿Dónde está el reservado de señoras?, vocea la dama.

– No hay reservado de señoras, dice un empleado con mal modo.

– Debía haberlo.

– ¡Se deben tantas cosas que no se pagan!

– ¡Al tren... al tren!

– ¡Eh... señora... la de los quince bultos... que se deja usted atrás los talones!, dice un mozo.

– Vamos, señora, suba usted; aquí debe haber puesto.

– Aquí somos once entre chicos y grandes, grita una voz airada... Once sin contar un niño de pecho que huele por tres.

– ¡Completo!

– ¡¡Repleto!!

– ¡¡¡Atestado!!!, gritan voces desde otros coches.

– Aquí no cabe ni un alfiler, y esa señora se conoce que se muda.

– Esta no es la empresa de F. Delríu.

– ¡A la perrera!, vocea uno de tercera.

– ¡Por Dios, señor jefe, no me deje usted en tierra!, suplica la dama.

– ¡Que estamos en retraso de diez minutos!

Suena un pito... toca una campana... silba la locomotora y se nota el imprescindible porrazo de arranque; pero éste es tan lento que la lucha por la vida continúa entre los de afuera y los de adentro, los empleados, la señora y su gente.

Me da lástima... yo soy así... no lo puedo remediar. Además, la señora me parecía guapa... me parecía digo, porque un gran velo la envolvía de medio cuerpo arriba.

Abro la portezuela y la grito:

– ¡Aquí, señora, aquí!...

Acude. La izamos. Izamos á su doncella y parte de los enseres... Lo último que llegó fué una jaula que el bruto del criado tiró como una honda... hallándose ya á gran distancia y cuando el tren marchaba rápidamente.

La jaula entró como una bomba por la ventanilla, se aplastó contra el techo y de rechazo sacudió un buen golpe sobre la cabeza de mi compañera, que lanzó un agudo grito y se desmayó.

¡Y aquí empiezan mis infortunios! Por Dios, que no se puede ser generoso y caritativo.

– ¡Agua! ¡Agua!, me chillaba la camarera.

¿Dónde hallarla? El coche era un campo de Agramante. Maletas, jaulas, líos medio deshechos, cestas con las bocas abiertas... vomitando panecillos, fiambres y frutas por el suelo y por los asientos. Una botella de vino malamente cerrada chorreaba desde la red, rociando pared, asiento y almohadones y cuanto sobre éstos había.

¿Qué hacer? Acudí á mi neceser, y quieras que no apliqué á los labios de la dama mi botellín de coñac y la hice tragar parte de su contenido. El resto lo aprovecharon mi chaleco y mis pantalones... pero la señora volvió en sí... volvió en sí digo, y fuera de sí al ver el emparedado de canario que tenía sobre la falda. Lloró, besó el ensangrentado cadáver del pobre canario, rompió el abanico á fuerza de hacerse aire y se desató en tan tremenda andanada de improperios contra los empleados de la empresa... contra el abuso de los reservados que ocupaban todo el material en acarrear *tunantes*. ¡Tunantes!... esta pala-

(1) Poema citado.

breja me supo á cuerno quemado... que vamos, me creí obligado á decirle con la mayor humildad:

– Dispénseme usted, señora, que le ocupe un sitio en su coche. Ahora voy á ver si logro estibar el cargamento y adecentar un poco este interior... y en la primera estación me iré con la música á otra parte para que usted se esponje á su antojo.

– Me dió mil excusas... ¡Ca! ¡Si aquello no sucedía ni en Cafrería!... Lo de tunante no lo decía *exclusivamente* – ¡qué galantería! – por mí... ¡Ella, una señora sola, obligada á viajar de limosna!... ¡Meterse en mi coche!... ¿No era casi tanto como meterse en mi casa una vez que el coche era mío? Y todo... ¿por qué?... porque...

La corté el flujo aquel de palabras. Temía nuevas sangrientas alusiones.

– La verdad del caso es que yo me tengo la culpa. ¿Quién me impedía á mí pedir también un reservado? ¿Dígame usted?, exclamaba.

La contesté que, en efecto, yo no sabía por qué... pero añadía que hizo muy bien en no tomarlo... así tenía yo el honor... la dicha... la felicidad, etc., etc., de pasar en su compañía horas que de cierto me parecerían brevísimas, tan breves como interminables solo con mis pensamientos.

La señora me sonrió... y su sonrisa, amigos, me abrió horizontes desconocidos.

¿No habéis observado ese fenómeno?

Hay fisonomías que en reposo resultan antipáticas, hasta feas, y que una sonrisa transfigura por completo. No es esto decir que mi compañera fuese fea... todo lo contrario, era lo que se llama una real moza; pero tanto pelo negrazo y espeso... tanto obscuro profundo en sus ojos airados, le daban al principio expresión de un dramatismo apestoso.

Cuando sonrió tomó su boca un pliegue tan mono, se formaron en sus mejillas y en su barba tan retrecheros hoyitos, me enseñó unos dientes tan sanos, nacarados y frescos, que hasta se me figuró se volvía mucho más joven y más pequeñita de estatura... De real moza, aquella dama, ascendía á sílfide divina.

– Si yo fuera fea no sería usted tan galante.

– ¡Pues es claro, alma de Dios!... ni la abro la puerta, ni la recibo, ni ese es el camino, ¿qué tiene esto de particular?

– Pero vamos á ver, señor mío, y usted qué gana con que yo sea guapa?

– Verla: ¿la parece á usted poco? Además, usted no es guapa... usted es divina... ideal; usted es una diosa del Olimpo.

La dama sonreía. A mí se me figuraba que de resultas en el coche hacía sol y... ¡eran las diez de la noche!

Se lo dije y continuó sonriendo.

– Esta muchacha es tonta, pensé para mí... pero ¡qué suculento manjar!

El coqueteo continuó. Tomaba varas. A veces me respondía con gracia... ó al menos á mí me lo parecía... que...

Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Pero si talento mucho no debía tener... ¡vaya unas líneas de cuerpo!

Era coqueta... superiormente coqueta. Se acomodó para dormir de una manera especial. Me hizo volver de espaldas y se quitó el cuerpo del vestido y el corsé para endosar luego una especie de *matinée* de franela blanca, toda llena de encajes y de cintitas.

Yo lo vi todo... lo que humanamente se podía ver, reflejado en el espejito de mi neceser... que, con habilidad de piel roja metí en mi bolsillo en cuanto barrunté lo del traje de noche. ¡Chicos!, lo que vi me chifló. Pero Señor, ¡que sea uno tan ciego que necesite descender á ciertos detalles para comprender todo lo selecto de las líneas que vulgarizan y bastardean esos pícaros corsés y esos maldecidos vestidos mal hechos!

Entre las revelaciones de mi espejito, los abandonos del sueño, demasiado artísticos para no ser estudiados... las sonrisas aquellas y una vocecita de un tiple y de un femenino que sacó mi sílfide y que tampoco al principio observé... no tuve punto de reposo... parecía un exaltado de manicomio... mientras la doméstica, que parecía una esfinge, montaba la guardia con aquella tremenda atención de centinela quinto novel.

Quise leer y no pude; quise dormir y me fué imposible; quise achispar á la doméstica y no hubo novedad.

¡Qué imprecavidos somos los viajeros! ¿Por qué no me traería yo un pañolito al cloroformo de esos que con tanto éxito usan los ladrones elegantes?

En suma, amigos, me enamoré como un loco de aquella mujer que no sabía quién era, ni cómo se llamaba, ni de dónde venía, ni adónde iba; y cuando amaneció y al descender los montes, camino del Escorial, la luces se apagaron y vi el rostro aquel á la luz del día... aun después de una mala noche... me pareció quinientas veces más bella... y su primera sonrisa como toda una primavera andaluza cuajada de flores y aromas... entre el azul diáfano de un cielo sin mancilla y un suelo de amores.

¡Bendito sea Dios, y qué bien sabe hacer las cosas cuando se pone á ello!

Después del chocolate... ¿cómo evitarlo?... me declaré en serio... al oído... sentado á su lado... cogiéndole la mano y alcanzándole un beso delicioso entre el nacimiento del pelo y la oreja, que parecía un caracolito, sonrosada y pequeña.

Me dió esperanzas en sonrisas y dulces presiones de mano; orales muy pocas.

Ya en Madrid... en el puente de hierro... escurrió en mi mano un papelito doblado. No decía más que éstas palabras, escritas con lápiz sobre una hoja de tarjetero:

«Carolina, Biblioteca, 64.»

Luego murmuró en mi oído:

– ¡No me siga usted, por Dios! .. Me esperan. Hágase usted el desconocido. Esta noche á las nueve le espero para tomar una taza de te.

– ¡Una taza de te! ¡De ambrosía querrá usted decir, señora!

III

Comí á las cinco como los cómicos.

A las seis empezaba á vestirme.

Todas las camisas me parecían mal.

Al fin dí con una, planchada en Londes, que parecía propiamente de porcelana de la China.

En vista de que la habilidad de mi ayuda de cámara no me satisfacía, yo mismo me hice el lazo de la corbata... con la décima que ensayé.

Llevaba medias de seda bordadas y zapatitos escotados. Un frac de Pool como no hay dos en Madrid... y una flor en el ojal. Lo más que representaba eran 30 años, y aún aún.

Pedí el coche á las ocho y media, y tan tarde me parecía que mandé á mi cochero reventar los caballos. Del paseo de Recoletos á la calle de la Biblioteca tardé menos de un cuarto de hora. Una vez frente al número 64, no me atreví á subir... No es puntualidad llegar á las citas antes de tiempo... y más á citas como la mía.

A las nueve menos cinco me dirigía á la portería, trémulo de emoción. Iba á ver á Carolina – ¡qué bonito nombre! – ¡Volver á verla después de doce horas de ausencia... una eternidad!

– ¿La señora... pregunto al portero, que no me deja concluir y exclama:

– Sí, sí... en el principal. Suba corriendo que le espera.

¡Qué raro! ¿Carolina se confía así con su portero?

Subo de cuatro en cuatro las escaleras. Al ruido de mis pasos se abre de golpe la puerta del principal.

– ¿Es usted?, me dice una voz ruda en las tinieblas... la cocinera sin duda.

– Sí, yo soy, contesto.

– ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!... La pobre señora no podía más.

¡Bendita Carolina mía!... ¡Ella también encontraba largo el tiempo!

– ¡Pronto, pronto, venga usted!

La sigo. Me empuja dentro de un salón un poco cursi, alumbrado con petroleo humeante.

– ¡Aquí, aquí!, me empuja dentro de un gabinete lleno de ropas tiradas por el suelo... enaguas y vestidos rodando por encima de los muebles... una gran confusión.

– Ya está en la cama... entre usted.

– ¡Cómo! ¿Será posible?, y según entraba grita la criada:

– Señora, ya está aquí... ahí lo tiene usted... yo corro á avisar.

¡Cómo! ¿A avisar? ¿A quién iba á avisar aquella necia?

– ¡Venga usted, por Dios... por Dios... por la Virgen María!... ¡Yo muero!... ¡Socorro!...

Me precipito hacia el lecho.

Unas manos se agarraban á las mías con inusitada violencia... Los gritos continúan, pero la voz no es su voz... es una voz dolorida y tremenda...

– ¡Virgen María!... ¡Madre mía! ¡Doctor mío!

Comprendo todo. Asisto á un parto. ¿Qué hacer? Aquella infeliz mujer sufría horriblemente.

Llamo. Nadie viene. Rompo la campanilla... Nadie acude.

– Ayúdeme, por Dios... La chica se fué á buscar á mi marido...

Se me caen los palos del sombrajo... pero tomo una resolución heroica.

– ¡Tijeras, cera, hilo!, grito desde la puerta de la escalera al portero. Luego digo á la señora con el mayor aplomo:

– ¡Respondo de todo!

VI

Salí á las cuatro de la mañana en un estado que no es para contado.

¿Era una broma de Carolina?

Si fué broma, Dios se la pague; hice una obra de caridad.

Al día siguiente, un caballero dejó en mi casa un paquetito para mí. Contenía mi tarjetero perdido en la brega... un billete de 100 pesetas y un B. L. M. incluyéndome los honorarios por el último parto de su mujer.

Dí á la primera pobre que me pidió limosna las 100 pesetas.

¿Era esta una nueva broma de Carolina?... Más parecía broma del destino...

No he vuelto á ver á mi sílfide de Miranda.

Luis de Llanos

SECCIÓN AMERICANA

TIPOS Y COSTUMBRES DE PUERTO RICO

LA FISCALA

I

Mi queridísima Prudencia: Te *pongo* estas cuatro líneas para saber de tu salud y la de tu famila, ya que ustedes me tienen olvidada y ni escriben ni vienen nunca por este pueblo, cada día más triste y más fastidioso.

Te digo que parece un cementerio, por no decirte otra cosa peor. La casa del rey, que es la mejor que hay aquí, está sin techo desde la tormenta de San Felipe; la plaza es un pasto, la calle principal un basurero, la iglesia un no sé qué.

Hasta la gente se va poniendo pesada y *cursi*, como tú dices. La mujer del alcalde, que presume de inteligente en eso de vestir á la moda y de arreglarse con elegancia, se ha sacado ahora unas túnicas, unas polonesas y unos bullones que causan horror. Cuando va á misa parece un pilón con saya, dando tumbos por entre las hierbas del atrio y sus cercanías.

¡Y lo poseída que está de que es guapa y viste bien!

Como el nombre de ella es Cruz, aquí en el pueblo todos la llaman *la Cruz* del alcalde.

El pobre marido se ve y se desea para pagar tanto perifollo, y siempre está mandando guardias con pliegos urgentes á la villa, para que esos mismos guardias le traigan los encargos de la mujer. Los pliegos urgentes son el pretexto para que los guardias hagan el mandado. ¡Tenemos aquí una chacota con eso de la Cruz y los pliegos urgentes!

A veces van en una bestia de carga que llaman bagaje, por cuenta del pueblo, cuando hay muchos encargos que traer.

Y, claro está, todas estas charrerías y exageraciones van teniendo imitadoras entre las mujeres del Ayuntamiento, digo, entre la secretaria, la tesorera, la registradora civil, la del fielato, la ejecutora de apremios y demás familias que viven bajo el poder de la alcaldesa, y siguen sus gustos por adulación y novelería, más que por acatamiento á la autoridad.

Y así van todas que parecen mojigangas, desacreditando el buen gusto que hemos tenido aquí siempre en cuanto á esto de vestidos. ¡Si las vieras en un baile!

¿Qué más te diré? Hasta se pintan para imitar á la alcaldesa. Esto ya no se puede sufrir.

Para apartar la vista de este infiernito y reponer algo mi salud después de las calenturas biliosas que padecí, he resuelto ir á pasar unos días contigo. Te lo hago saber para que no te coja de sorpresa mi llegada, que será el domingo, si Dios quiere.

Después de estar ahí aprovecharé la ocasión para orificarme algunos dientes y para cortar y coser algunos vestidos, porque tengo la idea de que si los hago aquí me van á salir parecidos á los que se pone la mujer del alcalde.

Será un capricho mío, pero no lo puedo remediar. ¡De tal manera se me han sentado en la boca del estómago ella, sus trajes, sus coloretes, sus moños y su cerquillo!... Porque se me olvidaba decirte que usa cerquillo todavía y se hace *nipes* y se riza las greñas y parece el mismo diablo en figura humana. Y luego es lo más *refitolera* y cuando habla parece que silba, y lo mismo van haciendo las demás.

UN EPISODIO DE LA BATALLA DE WORTH (1870), cuadro de Jorge Bleibtren

UN RELATO INTERESANTE, cuadro de D. Antonio Fabrés

En fin, ya te contaré.

Memorias á Timoteo, á Concha, á Primitiva y á Pío, que debe estar hecho un hombre. Recuerdos de mi prima Jesusa, que desde aquellas calabazas está insufrible, y tú cuenta siempre con el cariño de tu fiel amiga – *Clara*.

Adición. Rompe esta carta.

II

Mi querida prima: Para que veas que no te olvido y cumplo mi palabra, tomo la pluma y hago estos garabatos, que no sé si entenderás, porque no tengo aquí en donde escribir con calma, ni se puede hacer nada con orden en medio de este barullo. ¡Qué casa, Virgen María!

Yo llegué sin novedad. El coche no se descompuso más que tres veces. Primero se le aflojó una rueda, más adelante se le rompió no sé qué, algo que sonó mucho y nos asustamos de pronto; pero Cachimbo, el cochero, lo amarró en un instante con curricán. Después se rompió uno de los arneses... En fin, poca cosa. Dale en mi nombre las gracias á D. Joaquín, el dueño del coche, porque es fácil que para irme lo vuelva á necesitar.

Aquí me recibieron bien, con mucha algazara, mucha alegría y mucha demostración; pero, hija, no es todo oro lo que reluce. Al principio grandes extremos y agasajos, y después... como si tal cosa. El día de mi llegada pusieron vino en la mesa, hicieron espumilla para postres, y hoy... ¿lo querrás creer? Pues han suprimido el vino, y poco á poco nos quedaremos con los tres platos de ordenanza: sopa, carne y arroz blanco; *sota caballo y rey*, como decimos allá en el pueblo.

Prudencia dice que soy yo de confianza, y con eso se disculpa. De modo que con un poco más de confianza... ¡figúrate tú!

Y ¿sabes para qué ahorra y cicatea esta mujer? Pues para echar lujo y salir á la calle hecha una reina y aparentar lo que no es. La mitad de la gente está aquí perdida por eso. En fin, ya te contaré.

Pues como te decía, Prudencia está muy orgullosa y muy cambiada. ¡Quien la ve ahora y quien la vió antes de casarse, cuando andaba con nosotros en el guayabal!...



EL PRIMER CIGARRO, cuadro de C. Hartmann

D. Timo es un boca abajo, un infeliz, un bendito de Dios. Ya supondrás que este D. Timo es Timoteo, el marido, aquel escribiente flacucho y mellado á quien hacíamos tanta burla cuando estaba en la notaría del padre de Pudencia. Luego se fué á la ciudad, y desde allí mandaba por el correo aquellos sobres grandes, sellados, que decían arriba «criminal de oficio» y luego había unas firmas y después «Sr. Notario de...» y dentro la carta «para Prudencia.» Todo aquello era para ahorrarse el *vellón* del timbre.

Timoteo escribía entonces en un juzgado, y decían que había favorecido mucho (sabe Dios cómo) al padre de Prudencia, en aquello del testamento de D. Floro el de Ortegón, cuando se presentó el yerno y hubo ¡la mar!

El caso es que al poco tiempo se casó Prudencia, y Timo siguió en el juzgado y allí estuvo hasta hace cosa de dos años que lo hicieron procurador.

¡Si vieras la gente que viene donde él! Todo el día están entrando y saliendo hombres y mujeres que andan en pleitos, en reclamaciones, en causas y no sé qué más. Él los atiende á todos por su orden y les dice unas palabras tan chocantes... Aquello es un coloquio que da ganas de reir. Yo tengo mi cuarto cerca y oigo: «La sustanciación del proceso,» «la acumulación de las piezas,» «el requerimiento de las partes,» «el expediente en cuerda floja,» y otros muchos términos más que oyen los litigantes con atención, como si entendieran lo que él les quiere decir. Luego les pide dinero, mucho dinero, para activar los *autos*, para interponer el *recurso*, para suplicar por *otrosí*, para dar *traslado*, y por ahí sigue. Las muchachas, Primitiva y Concha, saben todos estos términos y los dicen á cada instante, como haciendo burla de su papá. En cuanto los clientes salen, corre Prudencia al bufete y agarra todo el dinero de Timo, sin dejarle siquiera para papel sellado. Y empieza el dúo:

– «Mujer mira que eso es para una casación.

– »Déjate de casaciones, Timo, que bastante casado estás, y antes que nada es la casa, la mujer y los hijos, que necesitamos andar decentes y no ser menos que otros.

– »Bien; pero... ya ves...

– »Yo no veo más que cobradores en la puerta y trampas aquí y allá, y cuando voy á salir no tengo un traje con que poder presentarme como quien soy. Además, tus hijas no han de andar siempre de trapillo, y ahora viene la Semana Santa...

– »Pero, hija, es necesario apelar...

– »Pues apela en seco ó pide más cuartos, que éstos y más que fueran los necesito yo, y no tengo otra parte donde apelar.»

Y por ahí siguen, alegando él tímidamente y replicando ella con altanería, hasta que al fin cede Timo, guarda ella los cuartos y... gana el pleito.

Y después ¡eche usted sedas, alhajas, postizos, bambolla y vanidad! Y á la hora de la comida... *sota, caballo y rey*.

Ahí en el pueblo me llaman *la Fiscala*, y creo que tú misma me pusiste ese nombre injusto. A mí no me gusta fiscalizar ni meterme en lo que no me importa; pero, hija, á veces se ven cosas que... vamos, no puede *una* transigir.

Se me acaba el papel y todavía no he empezado la carta, como quien dice. Otro día te escribiré más largo, porque hay de sobra tela donde cortar.

Dile á Cruz, la del alcalde, que cuando venga un guardia á la villa me lo mande acá para que lleve los rizos, el agua milagrosa y los polvos de arroz.

Tu prima, que te quiere, – *Clara*.

Ya sabes: rompe esta carta.

III

Jesusa de mis pecados: Leí tu carta regañona, y me reí mucho de tus consejos y sermomes. ¡Cuidado que estás chinchosa y *susceptible!*

Le voy á escribir á Lilo que te vuelva á enamorar, para que se te quite el *esplín*.

Quien te oiga á ti creerá que yo soy una enredadora y desagradecida. Demasiado sé que no se debe hablar de la casa donde *una* vive; pero tú eres de confianza y no tengo secretos para ti. ¡Eso podías agradecer!

Además, yo ¿qué he dicho? Dios me guarde y me libre de meterme en cosas ajenas. Lo bueno que yo tengo es ser *quitada* y enemiga de chismes; pero hay cosas que me repugnan y me andan por el cuerpo y... vamos, que no puedo aguantarlas, que no está en mí y de algún modo se tiene *una* que desahogar.

Pasemos á otra cosa.

Ya extrañaba yo que desde el primer día no me fastidiasen las Piñas y las Antúnez con sus encargos. ¡Si parece maldición!..

En cuanto *una* viene á la villa, no queda nadie por allá que deje de hacer algún encargo.

Con el guardia de *la Cruz*... ya sabes, va el *poplin* para la bizca, que no se le merece. ¡Sabe Dios qué mamarracho hará con esa tela tan hermosa!

El sombrero de Paca es de la última novedad. Enséñaselo á Cruz para ver si se le antoja mandar por otro, y así tendremos guardia para lo que se nos ofrezca. No van los abalorios de Gracia porque no ha mandado el dinero, y yo no tengo minas por acá.

Sigo bien de salud, pero esta gente me carga, me encocora. Yo quisiera desentenderme y no hacer caso; pero, hija, ya tú sabes que no está en mí.

Prudencia anda ahora al retortero con su traje *crema*, y está poco menos que insufrible. Mira tú que hasta me manda á las tiendas con sus hijas para que le compre seda del mismo color, blondas *más bajas, bieses más subidos*, forro que *arme* y chucherías por el estilo, y estamos yendo y viniendo medio día para confrontar colores, para llevar y traer muestrarios y aun para devolver cosas después de compradas y sacadas de la tienda. ¡Ya ves qué falta de consideración!

Otras veces manda á D. Timo, que se excusa con que se le vence un *término* ó con que tiene una *vista* ó que necesita *alzarse* y otros dichos lo más graciosos; pero por fin hace el mandado á costa de carreras, apuros y sofocones, y lo hace casi siempre mal.

Lo más común es que *echen una garata*, y que cuando D. Timo no pueda más se *inhiba*, como él dice, y nos ruegue á las muchachas y á mí que acabemos el *expediente*.

Ya dije que ellas saben todos estos términos y arman cada jerga que es un primor.

Concha y Primitiva son más tratables, ya ves que soy justa; pero no dejan de darme que sentir, cada una por su lado. ¡Si vieras qué distintos genios! Parece que una sacó el de Prudencia y otra el de su papá.

Concha es vivaracha, vanidosa y coqueta. Me gusta por lo franca y alegre; pero está muy engreída y no tiene educación. Se figura que todo se lo merece.

Todos los novios los quiere para ella. Lleva relaciones con un estudiantito que está en Madrid aprendiendo la medicina, y se cartean por cada correo; le ríe las gracias á un empleado de la capitanía de puerto, que anda siempre con flores en la levita, y se vuelve loca con un alférez de la guarnición. Su delicia es ver los colorines de un traje militar.

Y como si no le bastaran éstos, coquetea con todos los que vienen á casa y no los deja hablar con Primitiva ni conmigo. En seguida se agrega ella, mete baza y se queda con la conversación. Habla

con la mayor frescura hasta de las cosas que no entiende; desbarra que es un contento, y se da un tono y un *aquel*...

La otra pacece una mosca muerta y es una avispa. No he visto nunca mujer más hipócrita y sagaz. Habla poco, no se ríe casi nunca, baja tímidamente los ojos cuando la miran, y parece que no rompe un plato. ¡Y es más *brava* que un *ají!*

Tiene un novio que es de la curia; creo que amanuense, pasante ó no sé qué. Ella no lo nombra nunca ni habla de él con nosotras, como sería natural. Por la noche se sientan solos por allá, lejos de la tertulia, y hablan entre dientes, como cigarrones, sin que se les pueda oir una palabra bien; pero se conoce que riñen, ó mejor dicho riñe ella y á veces llora y le araña, y hasta creo que le quiere sacar los ojos para que no mire á las demás. De día siempre lo está *velando* desde el balcón, pero con mucho disimulo.

No quiere que vaya á los bailes ni tenga amigos; le hace ir á la iglesia cuando ella va, para tenerlo á la vista, y si no viene por la noche á la hora acostumbrada... ¡Virgen María!

Da pena ver cómo lo trata. Vamos, que no lo deja respirar.

Y él cada día más complaciente y sumiso. Si se ofrece se casa con ella, porque los hombres son así.

Pero el que me da risa es Pío, el hermano de ellas. Está hecho un zángano.

Le pusieron en el colegio, perdió tres cursos y lo sacaron al fin, porque no quería estudiar. Es largo y flacucho como una espingarda, muy descolorido y orejón, se enamora á lo bobo de cuantas ve y no hace más que sonreir y mirar desde lejos con ojos de carnero moribundo. En los primeros días de mi llegada se enamoró de mí, y era una diversión el verlo. Me traía confites, caramelos y cromos recortados; me los mandaba con la sirvienta y se escondía para que yo no le viera. Me hizo unos versos tristones en el papel sellado de D. Timo, y cuando se encontraron y me los dieron á leer estuvo tres días sin ir á la mesa. Cuando las hermanas le daban alguna broma, se avergonzaba muchísimo y hasta quería llorar. Vamos, un idiota, un animal.



ÁRABE DESCIFRANDO UNA INSCRIPCIÓN, cuadro de E. Glockner

Prudencia no se ocupa de los hijos ni de la casa, que están como Dios quiere. Anda siempre al traste con *La Moda*, se entusiasma con los figurines, une y compara las telas para ver si *casan* bien los colores, y después de arreglado el traje sólo piensa cómo y en dónde lo ha de lucir: si en la salve, si en la novena, si en la misa, si en en el paseo, si en la velada, porque aquí hay ahora veladas á cada rato. Cuando se queda en casa no hace más que leer *Los tres mosqueteros* ó hablar de poesías con el hermano del promotor.

Y á todo esto la casa... Vamos, no está sin barrer porque yo estoy aquí, aunque no lo digo por alabarme.

D. Timo no se mete en nada más que en sus papeles, y á veces entra y sale con ellos debajo del brazo. Te digo que me da lastima. Fuera de lo que tiene de enredador y pica-pleitos, es lo que se llama un infeliz.

La comida va en menguante; vino... Dios dé; la cena... café con borras.

Aguárdame dentro de dos meses, porque no puedo estar más aquí.

Tu prima, que te aprecia, – *Clara.*

Quema la presente, por lo que pudiera suceder.

EPÍLOGO

Señorita Clara: Ha sido usted, sin pensarlo, mi salvadora en un dificilísimo empeño, y me place declararla en estas líneas mi gratitud.

Buscando yo materiales auténticos, datos y pormenores á fin de estudiar algunos tipos femeniles para una colección que tengo entre manos, hallé (no importa cómo) las presentes cartas, que han sido para mí una revelación. ¡Ni siquiera había sospechado que existiese el curioso tipo que esos documentos me han hecho conocer!

Puse manos á la obra para condensar en un articulejo los rasgos más salientes de *La Fiscala;* pero después de varias tentativas infructuosas, me convencí de que las mismas cartas de usted valen mucho más de lo que pudiera yo escribir en aquel sentido.

Usted se pinta sola para el caso.

Permítame, pues, que exhiba su obra, sin más trabajo mío que el indispensable para desagraviar un poco la ortografía castellana.

Por esto, y porque tuve buen cuidado de cambiar los nombres, confío en que me perdonará usted la indiscreción.

B. S. P.

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS

AL AMOR DE LA LUMBRE, cuadro de D. Luis Jiménez. (Salón de París de 1891.)



LA CASTIDAD, escultura existente en el Museo del Vaticano



EL POETA GRIEGO MENANDRO, escultura existente en el Museo del Vaticano

MUNICH

¿En qué consiste el encanto singular de *Munich* que á todo el mundo avasalla? Como ciudad de los monumentos, de los mármoles y bronces, de las Gliptotecas y Pinacotecas, guardando los tesoros de la antigüedad, de la Edad media y del presente, atrae á los discípulos de Fidias y de Apeles, y con brazos cariñosos recibe en las exposiciones universales que se celebran cada año á los artistas del orbe, coronando á los Benlliure. No es como Granada, la de la Alhambra, del río aurífero y de los plácidos jardines, de las músicas, zambras y leilas, rico dechado de las galas del Oriente, trasunto en la tierra de un mágico edén del cielo; pero en *Munich* se recrean los poetas después de haber admirado panoramas y buscado imágenes en el vasto campo del mundo; en la ciudad del Isar vive el autor de la *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, conde de Schack, que, andante caballero, hizo su entrada en Munich; el historiador y poeta épico Fernando Gregorovius, el catedrático y novelista Enrique Guillermo Riehl, el estético Mauricio Carriére, el bardo bávaro Armando de Lingg, el novelista y poeta Pablo Heyse, el gran egiptólogo Jorge Ebers y el dramaturgo noruego Enrique Ibsen; y cuando el rey Maximiliano II se rodeaba de los vates más preclaros de Alemania, residieron en la capital de Baviera Manuel Geibel, cuyas poesías románticas son de corte germano; Federico de Bodenstedt, el cantor del Oriente, y el novelista Augusto Becker. El teatro Real de Munich ofrece el más digno escenario á los dramas de Shakespeare y de Goethe, gracias á la iniciativa del barón de Perfall, y á las operas de Ricardo Wagner, mientras la musa popular, cuyos hijos predilectos son Luis Ganghofer y Maximiliano Schmid, celebra sus fiestas en el teatro sito en la plaza de Gaertner, pudiendo los cómicos de este último teatro, entre los cuales citaré á la hermosa farsanta y escritora Hartl-Mitius, á la histrionisa Schoenchen, que promueve como la que más la hilaridad del público, y á los actores Hofpaur y Neuert, llamarse los *Meininger del sainete.* Munich se precia de estrellas del arte pictórico como Lenbach, Kaulbach y Defregger, que *tanto montan*, y Dóllinger, que *tanto valía*, era una lumbrera de las ciencias. En la corte de Baviera, donde residen los distinguidos poetas Julio Grosse, Guillermo Hertz y Jorge Scherer, vive también mi amigo el campeón del naturalismo en la literatura alemana, el esforzado hijo de Franconia Sr. Conrad, esposo de la ingeniosa comedianta é inspirada poetisa María Ramlo de Conrad, orgullo del teatro Real; el eximio vate neolatino Pernwerth de Bärnstein, y el poeta genial barón Detleo de Liliencron.

El rey Gustavo Adolfo de Suecia, que entró por la puerta de Isar el 17 de Mayo de 1834, denominaba á la ciudad silla de oro adornando un caballo ruin; pero cuando los rayos del sol iluminan sus fábricas antiguas, sus pardos torreones y su vega, y los lejanos Alpes se ostentan entre azules horizontes, y la arrullan las brisas, es bella y espléndida, y cuando en Oberammergau, donde natura santa juntó en espacio tan breve tanta maravilla, se representa el drama de la Pasión, es la magnífica sala del paraíso.

Si los cármenes de Granada son los pebeteros de los altares que á Dios se elevan, en Munich tiene sus templos el arte y su trono el rey Gambrino, cuyos vasallos son todos, príncipes y súbditos, próceres y paisanos, académicos y oficiales, señores y señoras, dándose cita en el *Hofbränhaus*, donde cada uno limpia su jarro para llenarlo en el líquido amarillo y espumante. A los amantes de éste les anunciaba diariamente un relojero en una tabla de su oficina dónde se encontrase la mejor cerveza. Munich es también la ciudad de las fiestas populares, teniendo por campo favorito el Huerto de Teresa, donde se celebran los festejos de octubre, y la plaza de Santa María, donde tiene lugar el *Salto de los carniceros.* Lo que puede alcanzar la sin par amabilidad de un príncipe generoso, de un genuino caballero, demostrólo *nuestro Fritz*, haciendo en 1870 de los buenos bávaros los amigos de los prusianos.

A mí me ligan á Munich los recuerdos más gratos: allí cursé la facultad de Derecho y visité los estudios de los más famosos pintores, allí asistí á las lecciones del gran Liebig y allí tomé parte en 1888 en el Congreso de los Escritores de Alemania, enalteciendo las armas de Munich, que representan un monje ostentando un libro. Entonces llevaba el cetro de la gracia y del espíritu la eminente poetisa Ana Forstenheim, que ya duerme en el camposanto de Viena que guarda también las cenizas de los poetas Anzengruber y Bauernfeld y del pintor Makart.

Los benedictinos, esos mensajeros de la civilización, tienen la gloria de haber fundado Munich. Parece que este pueblo perteneció á la abadía de Teyernsee, donde Werinher escribió su inspirado canto á la Virgen «Tú eres mía y yo soy tuyo» y pintó imágenes sobre el vidrio.

A tres Luises les debe Munich su florecimiento: al duque Luis el Severo, que vivió hasta fines del siglo XIII; al emperador Luis el Bávaro, y al rey Luis I, el Mecenas del arte, que siguió las huellas de los Alberto V, Maximiliano I, Carlos Teodoro y Maximiliano José I, é hizo de su corte la patria de la belleza, la antesala de Italia, el museo espléndido de todos los estilos de los pueblos cultos, desde los Propileos helénicos y la basílica de San Bonifacio hasta las joyas de la arquitectura gótica, mientras el desventurado rey Luis II, que tanto fomentó las artes y oficios y protegió á Ricardo Wagner, se retiró del bullicioso Munich al solitario Neuschwanstein. Luis I imitó en su palacio real, construído por el Sr. Klenze, el palacio Pitti, en la capilla real de todos los Santos las fábricas románicas de los siglos XI y XII, en el pórtico de los Caudillos la *Loggia de i Lanzi* que se ve en Florencia, en la biblioteca el estilo florentino viejo, en la Pinacoteca vieja el Renacimiento italiano, en la Gliptoteca adornada por el grandioso Cornelius el estilo griego. Bajo los auspicios de Maximiliano II, que se proponía crear un nuevo estilo arquitectónico, pero que no logró hacer sino una mezcla de estilos diferentes, en la que prevalecía el principio vertical, nació el edificio monumental llamado Maximiliáneo, que contiene 30 cuadros representando la historia de Baviera.

Munich se enorgullece también con su pintura vítrea que estableció mi amigo el Sr. Jettler, brillando la luz del cielo por en medio de las vidrieras pintadas del célebre establecimiento de Munich, así en los castillos fantásticos del rey Luis II Linderhof y Neuschwanstein, como en las catedrales de Colonia, Friburgo, Constanza, Magdeburgo, Brema y hasta en las catedrales de Burgos y Oviedo.

En la capital de Baviera, donde los cafés son museos, florece también la litografía y la fotografía, y á la ciudad que el Isar baña trasladó su residencia hace algunos años la redacción del periódico más ilustrado de Alemania, la *Allgemeine Zeitung*, mientras la más interesante revista humorística del mundo que se publica con el título *Hojas volantes* derrama, no sólo sobre Alemania toda, sino también sobre España, sus ocurrencias felices y sus primorosos dibujos. Cerca de Munich se encuentra el Versalles bávaro, el palacio de Nymphemburgo, construído por los arquitectos Barella, Zuccai y Visardi. En él reside el príncipe bávaro doctor Luis Fernando con su esposa la princesa Doña Paz, á quien dedicó una de sus composiciones más bellas mi amabilísimo amigo el gran poeta catalán Jacinto Verdaguer. Quizá un español tenga nostalgia en el frío Munich al cielo transparente de su patria, donde el día esplendoroso en torrentes de luz derrama su amor; pero los alemanes, entusiasmados por tanta belleza, exclamamos: ¡Ciudad de torres coronada, imán del poeta, delicia del artista, bendita seas!

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Homero. La castidad. El poeta Menandro. Una metopa del friso del Partenón, esculturas griegas. – Poco sería cuanto dijéramos en alabanza de estas esculturas, obras maestras de aquel arte que en la antigua Hélade alcanzó una perfección no superada, ni siquiera igualada en los tiempos posteriores, aun en los modernos. El culto que á la belleza plástica consagró el pueblo helénico fué poderoso estímulo para el estudio de la misma en la forma más acabada y armónica, y por ende más difícil, con que se nos manifiesta en la naturaleza, el cuerpo humano; y hasta tal punto llegó á dominarla, que las estatuas salidas del cincel de los Fidias, Escopas, Praxiteles y tantos otros sirven todavía de modelos con más facilidad admirados y estudiados que reproducidos.

Las reproducciones fototípicas que hoy publicamos permitirán á nuestros lectores saborear los primores maravillosos de esos ejemplares escogidos de la estatuaria griega, que milagrosamente conservados al través de los siglos perpetúan la memoria de un pueblo en cuyas instituciones, aun en aquellas que más inspiradas por el materialismo parecen, latía una ardiente pasión hacia los ideales más puros, en aras de los cuales se inmolaban todos los amores terrenos y se consumaban los más heroicos sacrificios.

***

Consuelo, florista, cuadro de D. Ricardo Madrazo (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Si Ricardo Madrazo no fuera ventajosamente conocido en el mundo del arte, el precioso cuadro que reproducimos bastaría para que se le reputara como inteligente artista: tales son las cualidades que se observan desde luego en la linda florista, transportada al lienzo de los encantadores verjeles de la ciudad del Darro. Artista de corazón y amante de su patria, ofrece al arte las mejores galas de su ingenio y de su habilidad y maestría. Pocos como él logran dar cuerpo y forma á sus brillantes cuadros de costumbres, á esos tipos admirables que acusan entre la delicadeza de su espíritu la arrogancia de los moriscos y esa espléndida y exuberante vegetación que convierte en continuado jardín la tierra andaluza, cual si la naturaleza se hubiera empeñado en embellecerse con los brillantes tonos de su luz y de su vegetación y con el encanto de sus mujeres.

El tipo que ha interpretado Madrazo es sin duda uno de tantos que abundan en aquella privilegiada región, y aunque real, descúbrese la experta mano del pintor, el esfuerzo del artista, que por medio de la delicada combinación de tonos y la elegancia del dibujo embellece hasta lo que por sí reune condiciones de belleza.

***

Un episodio de la Batalla de Worth (1870), cuadro de Jorge Bleibtreu. – El autor de este cuadro, famoso en Alemania como pintor de batallas, asistió al combate de Worth con el entonces príncipe heredero, el malogrado Federico Guillermo, en cuyo estado mayor figuró durante toda la guerra franco-prusiana. Tres lienzos, con el presente, lleva pintados sobre asuntos inspirados en dicha batalla: el que hoy reproducimos representa un episodio que Bleibtreu dice haber presenciado durante aquella acción de guerra, la deserción de tres zuavos que abandonando el campo francés se refugiaron detrás de las líneas alemanas. A decir verdad la composición, por otra parte bien entendida, no resulta muy en armonía con tal explicación, pero dado el origen de ésta no nos queda otro remedio que aceptarla.

Tiene este cuadro entre otras buenas condiciones firmeza y corrección en el dibujo y en la pincelada, expresión y relieve en las figuras de los tres desertores, vida y movimiento en el último término donde se desarrolla la batalla, y sobre todo produce en su conjunto una impresión altamente simpática.

***

Un relato interesante, cuadro de D. Antonio Fabrés. – Hermoso grupo el de estos oficiales en cuyos rostros y actitudes se pinta perfectamente el interés con que escuchan el relato de su compañero; pero la belleza de la obra no resulta sólo de la expresión que todas las figuras revelan, sino también, y muy poderosamente, de los acabados detalles con tanta prodigalidad sembrados por el notabilísimo pintor catalán que parece complacerse en amontonar dificultades sobre dificultades para darse el gusto de irlas venciendo con el talento que tan bellas composiciones ha producido y con el pincel que tan admirables efectos de color y luz ha descubierto. Fabrés es minucioso en grado superlativo: cuando otros darían por terminada, y bien terminada, una tela, él halla modo de seguir ejecutando primores sobre ella, sin que nunca resulte recargada y sin que lo profuso del detalle perjudique á lo claro y elegante de la composición.

Véase en prueba de lo que decimos *Un relato interesante;* fatigaríase nuestra atención y no conseguiríamos nuestro intento si quisiéramos escudriñar una por una las mil filigranas que componen el cuadro; y sin embargo, visto éste en conjunto se nos presenta lleno de espontaneidad y sin el más ligero asomo de confusión. Y es porque Fabrés antes de pintar en pequeño concibe y compone en grande, y por esto en sus obras por encima de la habilidad del pintor brilla siempre el genio del artista.

***

El primer cigarro, cuadro de C. Hartmann. – Se conoce que el protagonista de este cuadro está en las primeras chupadas del primer cigarro que en su vida ha encendido. ¡Infeliz! Cuando el humo empiece á dejar sentir sus efectos, ¡cómo se tornarán en palidez los subidos colores de sus mofletes y en visajes de angustia esa carita de pascuas y esa sonrisa de triunfo con que saluda su primera hombrada! Los que recordamos la impresión del primer pitillo que llevamos á los labios, apreciamos mejor que otros la bellísima composición de Hartmann, pintor aficionado á tales asuntos, pues además de éste tiene otro cuadro del mismo género, *Los fumadores*, que en su número 407 produjo LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

***

Arabe descifrando una inscripción, cuadro de E. Glockner. — El estudio de figura ofrece no pocas dificultades, pues en él nada debe dejarse al capricho ó á la imaginación, y el menor desliz conviértese en gravísimo defecto, perceptible para los ojos menos experimentados. Y si á las dificultades naturales que el simple estudio de la figura entraña se agregan otras nacidas de la manera como el pintor la coloca, requiérese en el artista para llenar cumplidamente su cometido un cúmulo de condiciones que no todos poseen y que solamente se adquieren á fuerza de perseverancia en la reproducción del modelo viviente.

Glockner las reune por completo á juzgar por el cuadro suyo que reproducimos, obra digna de elogio por su correcto dibujo y notable expresión.

***

Al amor de la lumbre, cuadro de D. Luis Jiménez (Salón de París de 1891). – Después de haber ejecutado primorosas joyas en otros géneros, ha vuelto nuestro insigne compatriota á los cuadros de costumbres españolas de principios de este siglo. En el que ha presentado en el último Salón de París reproduce la escena tan frecuente en las casas de nuestros abuelos de la visita del fraile, que después de desembarazarse de las alforjas y de acomodarse al amor de la lumbre si era invierno ó en sitio fresco cuando el calor apretaba, desembuchaba las noticias del día con que aplacaba la curiosidad de las personas mayores, ó narraba algún cuento ó conseja con que entretenía la atención de la gente menuda.

Tan fielmente y con tanta naturalidad está retratada la escena, que no parece sino que el Sr. Jiménez alcanzó á ver aquellos añejos tiempos con sus típicas costumbres, porque no sólo los trajes y los muebles y adornos, sino el aire que en todo el cuadro flota, tienen el sello de la época y le transportan á uno á los sitios y le ponen enfrente los cuadros que tan gallardamente ha descrito con la pluma en sus *Episodios nacionales* el gran novelista contemporáneo.



Estrechándose uno contra otro, prestábanse calor á las mejillas con su propio aliento

TRAICIÓN DE AMOR

POR ANTONIO ALBALAT. – ILUSTRACIONES DE ERNESTO BIELER

Era la hora de media noche y muy cruda la helada, pero los dos permanecían sentados bajo una espesura de follaje, desde donde se oía el rumor monótono de la enorme rueda del molino al repeler el agua en ondas regulares. Sin más abrigo que un chal, y apoyándose en su compañero, Juana golpeaba el suelo con su pie, aspirando el aire frío que por sus entreabiertos labios penetraba. Hubiera podido introducir á Julio en la casa; pero permaneciendo en el jardín, aquellas citas le parecían menos culpables; y además, el joven la amaba tan sumiso que, lejos de quejarse, solamente la alegría de verla hacíale olvidar casi el uso de la palabra. Estrechándose uno contra otro, prestábanse calor á las mejillas con su propio aliento; Juana se reía al verse obligada á interrumpirse á cada momento para sonarse y al sentir en su rostro el contacto del bigote de su adorador, húmedo de rocío; Julio se helaba los labios al rozar con ellos las mejillas de su amada, mientras en el pálido rostro de ésta veía chispear en la obscuridad sus lindos ojos negros.

Juana, muy joven aún, apenas contaba veinte años, era simpática y graciosa, encantadora y pura; sus movimientos tenían algo de felino por lo graciosos; sus zalamerías infantiles hechizaban, y su sonrisa era adorable. La fogosidad de la juventud les bastaba para arrostrar el frío penetrante que hacía saltar las lágrimas de los ojos.

– Desde mañana, decía Juanita, no será preciso ocultarnos, puesto que nuestros padres han consentido en el matrimonio y que vas á pedir mi mano oficialmente.

– Sí, mañana, adorada Juanita. ¡Oh, qué feliz soy!

– Yo también me alegro mucho, murmuró la joven, apoyándose en Julio con fuerza; pero... ¡chist!... oigo ruido...

Los dos escucharon, levantando la cabeza é inmóviles.

No era más que el rumor producido por el molino y el canto de los gallos en sus corrales. La ciudad estaba sumida en un profundo sueño, al abrigo del aire helado de diciembre, que parecía endurecer la atmósfera y envarar las ramas de los árboles del jardín; las estrellas brillaban como diamantes en el cielo azul, blanqueado por el polvo de la vía láctea.

– Alguno conozco yo, dijo Julio, que no se reirá mañana.

– ¿Quién?, preguntó Juanita, levantando la cabeza con seductora gracia.

– Tu señor Pablo, contestó el joven.

Juanita dejó las manos de su adorador, que tenía cogidas, hizo un mohín y arrugó el entrecejo.

– ¡Malo!, exclamó. ¿Por qué me hablas todavía de él, sabiendo, como sabes, que esto me enoja?

Y mirando á Julio para ver si estaba enfadado, añadió:

– ¡Oh! Es muy feo estar celoso, y si no...

– Te aseguro que no tengo ahora celos, interrumpió el joven; pero hace dos meses sufrí mucho... ¡Me dijeron tantas cosas!

– Es que tú te exaltas muy pronto, repuso Juanita, acercando su lindo rostro al de su adorador.

– Jamás he creído nada de cuanto me dijeron, replicó Julio, estrechando la esbelta cintura de su amada, porque te idolatro, y para mí estás á una altura á que no alcanzan las sospechas... Escúchame bien, Juanita... Mi padre me considera joven para casarme, pero ya sabes que soy más formal por el corazón que por la edad. Tú lo eres todo para mí... Si me engañases, si no me amaras ya, moriría...

– ¡No, exclamó Juanita, estrechando las manos de Julio y con la sonrisa en los labios, yo no quiero que mueras!... ¿Qué sería de mí si tú faltases? A nadie amo mas que á ti, bien lo sabes... ¡Ah!, añadió después de una pausa, ya es tarde, Julio, y se hace forzoso separarnos... ¡Estoy helada de frío!...

La luz de la luna comenzaba á blanquear el jardín, cual si hubiera nevado; los dos jóvenes se abrazaron una vez más en la puerta; y después de mirar si había alguien en la calle, Julio salió pensando en los graciosos hoyuelos de las mejillas de su amada.

La demanda de casamiento se hizo al día siguiente, víspera de Navidad. El recaudador Raynaud, padre de Julio, fué con su mujer y su hijo á casa de los de Juana, que les invitaron á pasar la noche con ellos para ir después á la misa del gallo, acompañando Julio á su novia. La solemnidad fué imponente: de rodillas uno junto á otro, escuchando atentos los cantos inmortales de la noche cristiana, parecíales que su amor resplandecía en la iluminación de los cirios; que se elevaba hacia Dios á través de los perfumes del incienso y vibraba en su pecho con el hosanna de los órganos. Aquella fiesta fué para Julio una de las más hermosas ceremonias que había visto.

. . . .

La Bruyere escribió algo muy profundo cuando dijo que no se amaba bien más que la primera vez. A medida que la existencia endurece el corazón olvídanse esas puras ternezas, que es forzoso haber sentido, sin embargo, para ser hombre completo. ¡Momento único, virginidad del alma, aurora de la pasión, quien os haya conocido no vuelve á encontraros jamás!

Julio profesaba á su prometida uno de esos afectos fanáticos que deciden de una existencia. No solamente estaba seguro de no desear jamás otra mujer, sino que la amaba tanto, que siempre la respetó como cosa sagrada; y esta ingenuidad adorable convierte el primer amor en un sentimiento que no podemos concebir ya cuando la experiencia de la pasión nos ha depravado. Semejantes afectos, no obstante, son menos raros de lo que se cree en las ciudades pequeñas, donde el carácter sensible se exalta por la soledad. De noche, bajo el emparrado del jardín, Juana estaba segura en los brazos de Julio, á quien la idea de propasarse hubiera parecido un sacrilegio. Su único defecto se reducía á estar celoso de aquel á quien Juanita llamaba «señor Pablo.» Hijo de un comerciante millonario, Pablo Bernier regresó de París, donde había ido á instruirse, con

una fama de estudiante libertino á que, según aseguraban malas lenguas, no se mostró insensible la bella Juanita, calumnia que exasperó á Julio, pero de la cual se rió desdeñosamente desde el momento en que se hubo concertado el matrimonio tan apetecido. En el fondo, jamás había sospechado de Juana, que era para él la virgen impecable, la doncella inmaculada de sus ensueños, pura porque era hermosa, buena porque tenía la voz dulce, sincera porque creía verdaderamente ver el fondo de su corazón en sus expresivas cartas. Esta certeza de ser amado le hizo soportar la oposición de su padre, quien le creía demasiado joven (veintiún años escasos) y ambicionaba para él una unión más ventajosa; pero Julio apeló á tantos extremos y tenía el carácter tan exaltado, que M. Raynaud acabó por ceder á las súplicas de la madre y limitóse á retardar el matrimonio hasta el primero de agosto, con la esperanza de que el precoz enamorado cambiase de parecer.

Aquellos largos meses de espera pareciéronle al principio intolerables; pero arregláronse las cosas de modo que se calmase hasta cierto punto su impaciencia. Pasaba con regularidad parte de la noche en casa de Juanita, acompañada siempre de su madre; los domingos, al salir de misa, volvían á casa juntos; y apenas se les dejaba un instante solos, cogíanse las manos sonriendo para hablar en voz baja. Ya no se escribían, y suprimieron las citas, puesto que se veían libremente. A medida que el tiempo pasaba, Julio enloquecía más de contento; aquello era demasiada felicidad, y tenía miedo. ¿Y si una catástrofe les obligaba á retardar la fecha? ¿Y si Juana caía enferma, ó si él muriese de pronto? Todo era posible.

Hacia mediados del mes de julio, Juana comenzó á estar triste, preocupada; y á causa de una fuerte jaqueca, guardó cama tres días.

Cierto domingo, á eso de las siete de la mañana, Julio se disponía á levantarse, cuando su madre entró de improviso en la habitación.

– El padre de Juanita sale de casa ahora, hijo mío, le dijo. Levántate... ve á verle... Mucho me temo que no se realice tu casamiento. Por la ciudad circula un rumor inusitado; asegúrase que Juanita ha huído con Pablo Bernier la noche pasada.

Julio corrió como un loco á casa de los padres, quienes le manifestaron, en efecto, que no era posible el matrimonio. Juana rehusaba, parecía estar fuera de sí, y había ido á buscar reposo en casa de su tía.

– Ignoramos lo que piensa hacer, añadieron, pues nada nos ha dicho... Vaya usted á ver á su amiga, la señora Mingault, que debe saber algo.

El rumor de un rapto se confirmaba; algunos decían que habían visto partir á los dos amantes.

Julio, aturdido, sofocado y fuera de sí, encontró á la señora Mingault ocupada en coser en su gabinete: al verle entrar, sonrió sin moverse de su sitio.

– Permítame que acabe este dobladillo, le dijo, y me tendrá á sus órdenes.

El joven, en pie delante de la dama, no parecía dispuesto á esperar.

– ¿Qué ocurre?, preguntó. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está Juana? ¿Por qué se ha marchado? Usted debe saberlo.

La señora Mingault, siempre risueña, dejó tranquilamente la aguja para medir la tela con los dedos.

– ¡Dios mío!, exclamó, ha ido á ver á su tía y volverá. Esté usted tranquilo.

– Pero todo el mundo dice, repuso Julio, que se ha marchado con el Sr. Bernier... ¡Esto es horrible!... ¿Verdad que es imposible, que la noticia es falsa, que es una calumnia?

La angustia hacía palidecer las mejillas del joven, que miraba á su interlocutora con ojos atónitos.

– Ya sabe usted que siempre se exagera, replicó la señora Mingault recalcando las sílabas y sin dejar la costura.

– ¡Cómo se exagera! ¿Pues dónde está? ¿Por qué no me ha escrito? Su madre acaba de manifestarme que el matrimonio no se realizará... ¿Por qué razón? ¿Qué ha sucedido? Sea usted franca... Si supiera lo que padezco...

La señora Mingault se encogió de hombros, miró un momento tranquilamente al pobre joven, de bigotito rubio y barbita puntiaguda, y levantando al fin la cabeza, frunciendo el ceño, díjole sin ambages ni rodeos:

– ¿Quiere usted saberlo? Pues sí, es verdad... Ha huído anoche con Pablo, qué desea casarse con ella... Su madre lo sabe, y es verdaderamente ridículo tratar de ocultarle á usted una cosa que es ya del dominio público. ¡Ah! ¡Cuánto puede el dinero, amigo mío!...

Julio miró á la señora Mingault como si acabase de recibir un bofetón, y solamente pudo exclamar: «¡Eso ha hecho!» Iba á añadir: «Será una broma, ¿no es cierto?» Pero las afirmaciones de la señora Mingault eran formales.

– Es la pura verdad, dijo, y yo, que la conozco mejor que usted, apenas puedo creerlo. Me hubiera parecido más fácil que las montañas cambiaran de sitio... Confidencialmente le diré á usted que Juana era muy coqueta, y que siempre pensó en casarse con un rico, y mientras á usted le daba citas, recibía ocultamente cartas de Pablo... Cierto día estuve á punto de revelárselo á usted todo; pero ella me lo impidió... Yo creí que usted acabaría por echarlo de ver; pero usted la tomaba por un ángel... ¡Ah! ¡Cuán cándido es usted!

Julio creía que se le hablaba de otra mujer, y semejantes frases aplicadas á Juanita no tenían para él sentido. De repente, al pensar que era de ella de quien se trataba acometióle un dolor tan agudo, que levantándose de la silla donde se había dejado caer, comenzó á pasear de un lado á otro, como fiera en su jaula, sacando su petaca y poniéndose á liar maquinalmente un cigarrillo.

Cuando la señora Mingault hubo terminado, cuando Julio supo todos los detalles de la falta, de modo que ya no podía quedarle duda, figurósele que la habitación y los muebles habían cambiado de sitio y que veía aquellas cosas por la primera vez en su vida. La evidencia de su desgracia le pareció absurda y su propia certidumbre una contradicción. ¡Terrible padecimiento! ¡Creer lo imposible y admitir lo que no tiene sentido!



La señora Mingault, siempre risueña, dejó tranquilamente la aguja para medir la tela con los dedos

Y se paseaba por la habitación de un lado á otro con aparente calma, mientras repetía como un sonámbulo, encendiendo un cigarrillo:

– ¡Bueno... bueno! ¡Perfectamente!... Ahora ya sé á qué atenerme... y lo prefiero así... Es una necia, y nada más...

Pero faltóle pronto el valor, y dejándose caer en el sofá, apoyó en un lado la cabeza, cubrióse el rostro con las manos y rompió á llorar, á la la vez que exclamaba:

– ¡Ella... Juana... engañarme así y escaparse con otro hombre!... ¿Por qué?... ¿Pero por qué?... ¿Qué puedo haberle hecho, ni qué motivos de queja tiene contra mí?... Bastaba decirme que no me amaba, que no quería casarse conmigo... No, esto es demasiado... Yo no lo merecía... Ella lo era todo para mí, todo, absolutamente todo... ¡Ah! Hubiera preferido mil veces verla muerta...

La señora Mingault le dejó llorar, pensando que esto le aliviaría, y después, cansada de aquella escena, trató de consolarle.

– Vamos, amigo Julio, le dijo, no llore usted... sea más hombre; Juana no merece tantas lágrimas... ¡Como si no hubiera otra!...

Julio se levantó haciendo un gran esfuerzo para simular una sonrisa.

– Sí, es verdad, repuso; tiene usted razón; pero eso es superior á mis fuerzas. Si usted supiera...

La señora Mingault dijo á Julio que los dos amantes se habían ausentado por quince días, evitando el ferrocarril por temor de ser reconocidos. A los dos días se hallarían en San Maximino, después en Rougiers y desde allí pasarían al Santo Bálsamo. Admiradores de la naturaleza, iban á pasar su luna de miel á la sombra del antiguo bosque galo, inmortalizado por la penitencia de Santa Magdalena, la pecadora de amor.

Al separarse de la señora Mingault, Julio encendió otro cigarrillo, hizo girar su bastón, y atusándose el bigote reunió todo su valor para reprimir la desesperación que se desbordaba.

«¿Y bien, qué?, se dijo; no pensemos más en Juana, como si no la hubiese conocido jamás.»

Pero no existiendo ya Juana para él, ¿para qué quería la vida?

Al entrar en su casa, declaró con la mayor tranquilidad que su matrimonio no se realizaría; que Juana se había marchado, en efecto, con Pablo, y que el desprecio le daría fuerzas para olvidarla. Llegada la noche, y apenas pudo volver á su habitación, Julio se dejó caer en la cama sin pensar en desnudarse; lloró hasta el amanecer, con los puños oprimidos contra las sienes, y gimiendo debajo de las ropas del lecho: los adorables recuerdos de aquel primer amor dilataban su pecho, llenando su alma de amargura, y aun se echó en cara no haber sido bastante bueno para con Juana. «¡La he atormentado, se dijo... He sido celoso..., y sin duda la inspiré odio!...»

Al despertar á la mañana siguiente, la luz del día le pareció horrible, y en-



Después sentóse, y con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, lloró

tonces comprendió la extensión de su desgracia. ¡Aquello era atroz! ¡Su Juana querida prostituirse á un hombre!... Volvió á verla con el pensamiento pura, tentadora, ideal; por la noche, en el jardín, oía el sonido de su brazaletes al mover las manos, cuyas azuladas venas le llamaban tanto la atención; veía su rostro pálido, su cabello negro, sus tersas mejillas, donde su alma parecía dormir bajo las sedosas pestañas, cuando murmuraba: «¡A nadie amo más que á ti, Julio, solamente á ti!...» Y aquellas miradas eran falsas, aquella boca había mentido y aquel cuerpo angelical estaba ya mancillado!

De pie, con la frente apoyada en los vidrios de la ventana, la inmovilidad de las casas le pareció extraña y el silencio de las calles doloroso, cual si vistos á través de sus lágrimas, todos los objetos se hubieran cristalizado. Entonces comprendió que no tendría fuerza para vivir con semejante herida en el corazón, para arrastrar su agonía como la fiera que los cazadores persiguen; y en el candor de su juventud, de carácter violento, ignorando la brevedad de las pasiones y persuadido de que no se curaría, resolvió suicidarse. Su exaltación no le mostró sino aquel medio de aniquilar el sufrimiento que le martirizaba. ¡Morir era más que librarse, era tomar venganza! Pero á fin de conseguir esto último, debía darse muerte delante de ella, salpicarla con su sangre, legarle aquel remordimiento, atemorizándola y maldiciéndola.

Cuanto más reflexionaba, más se imponía este desenlace. Iría á buscarlos al Santo Bálsamo; los seguiría al bosque, y apenas se hallaran en la gruta, se mataría precipitándose desde la altura del Pilón Santo, uno de los puntos más elevados de la montaña. .

Aquella misma noche anunció á sus padres que deseaba ausentarse algunos días para distraerse y que se alojaría en casa de un amigo.

– Con esto volveré curado, dijo; estoy seguro de ello.

Y hablaba con tal tranquilidad y sangre fría, que le dejaron marchar.

A la noche siguiente, cuando la bóveda celeste aparecía prodigiosamente tachonada de estrellas y el aire hacía vibrar la atmósfera, Julio llegó á la hospedería que los religiosos dominicanos tienen allí hace siglos. Por las señas que le dieron pudo comprender que los dos fugitivos estaban hospedados desde la mañana; y la idea de dormir bajo el mismo techo que cobijaba á Juanita mantúvole despierto hasta el amanecer, entregado á sus alucinaciones y oyendo el rumor del aire en el silencioso é inmenso bosque. Dos religiosos que encontró por la mañana en el corredor dijéronle que todos los viajeros, sin excepción, asistirían á la misa de las nueve, que debía celebrarse en la gruta. Al saber esto, pagó su cuenta, salió y fué á ocultarse en el tallar para observar á Juana cuando pasase...

No hacía mucho tiempo que estaba allí cuando divisó á la joven de bracero con un hombre. ¡Era ella! Llevaba un vestido gris ceñido que marcaba perfectamente sus formas y un ramito de flores en el corsé; apoyábase suavemente en el brazo de su compañero, y le miraba con la misma sonrisa que tuvo para Julio la última noche en el jardín, cuando hacía tanto frío y se estrechaban uno junto á otro.

Loco de dolor, Julio tomó el sendero de la montaña, sin volver la cabeza é impulsado siempre por su idea fija: llegar á la altura cuanto antes, desaparecer, no sufrir ni ver más á su Juana, que estaba á su presencia, risueña y cogida del brazo de aquel hombre. Ni aun pensó en batirse con su rival. ¿Para qué? Juana era la única culpable.

La ascensión fué penosa; el camino sigue los flancos de la montaña, cuya gigantesca pared de rocas graníticas se prolonga por la derecha. A medida que subía aspiraba con deleite el aire puro que dilataba sus pulmones, cual si hubiera querido tener más vida para morir; llevaba el sombrero en la mano, y el sudor inundaba su frente. De trecho en trecho veía oratorios ruinosos, que señalaban las estaciones del camino de la Cruz: también, pobre crucificado, trepaba por su calvario, dejando pedazos del corazón á lo largo del camino. ¡Oh! ¡Cuánto le urgía llegar á la expiación final! Proponíase elegir un sitio perpendicular á la plataforma de la gruta, y se precipitaría desde el punto más alto, de manera que su cuerpo cayese á los pies de Juana, sangriento y desfigurado, como diciendo: «¡Mira lo que has hecho de mí!»

Las montañas se ofrecían á sus ojos cada vez más bajas, el bosque estaba ya lejano, la campiña le pareció más vasta, porque entraba en la eterna inmovilidad de las cimas, que solamente rozan las alas de las aves y las nubes.

Julio sacó su reloj; había recorrido la mitad del camino; pero Juana no debía estar aún en la gruta.

El infeliz franqueó con tal ímpetu la distancia que aún le separaba del punto apetecido, que de repente admiróle no tener que subir ya más, pues se hallaba en la cima, en el Pilón Santo, que desierto se alzaba á la altura de mil metros: la muerte le pareció allí cosa envidiable y figurósele que al precipitar su cuerpo, su alma remontaría por sí sola al firmamento.

Julio comenzó á recorrer la cumbre, buscando un paraje cortado á pico sobre la gruta; después sentóse, y con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, lloró; sí, lloró su amor mancillado, su porvenir perdido; lloró el triste fin de su existencia, todos los sueños felices que antes acariciaba, y lloró también á su padre y á su madre, á quienes iba á causar el mayor desconsuelo con su muerte. Ya no sentía odio contra nadie; aquel silencio purificador, aquella paz soberana y la infinita serenidad del cielo desterraban de su alma todos los achaques terrestres. Frente á frente con Dios, ¿cómo no perdonar? Entonces volvió á ver con el pensamiento aquel amor que le daba vida, y que ahora era causa de su muerte; volvió á ver á Juana, con su esbelto talle, sus largas pestañas que velaban sus negros ojos cuando sonreía, los hoyuelos de sus mejillas, sus pulseras, su falda blanca, cuando iba á pasear al campo con la sombrilla al hombro; y como esta visión redoblase su sed de suicidio, miró ante sí cual si tratara de medir el abismo.

No se atemorizó; pero habiéndose sentado más cómodamente para que sus piernas quedaran suspendidas en el vacío, retrocedió poseído del horror y presa del vértigo. La montaña oscilaba como un mástil; sus miembros se aligeraban, y parecíale que navegaba en el aire. ¿Tendría valor para precipitarse?

Julio volvió á mirar su reloj. ¡Eran las nueve, hora de comenzar la misa! La idea de que Juana le esperaba abajo infundióle valor; dió tres pasos hacia atrás para tomar impulso, y de repente el peligro le alucinó; figurósele que estaba en su lecho y que soñaba. Abarcando entonces de una sola mirada la tierra y la vida, el abismo espantoso y el sol irónico que doraba el firmamento, saltó al borde de la roca repitiendo: «¡Juana, Juana!» Cuando se hubo sentado hizo un brusco movimiento y se dejó resbalar, profiriendo un alarido terrible, semejante al grito de un hombre que no quiere morir y que pide socorro; pero ya era demasiado tarde, y cayó con la velocidad de una masa de plomo. Su cuerpo giró en el espacio, chocó contra la roca, rebotó y fué lanzado, no sobre la plataforma de la gruta, sino veinte metros más allá, en pleno bosque.

Una hora después, cuando se encontró el cadáver, la cabeza había desaparecido, el cerebro había salpicado las hojas y la pierna derecha fué encontrada en el camino. Las personas que oían la misa le vieron caer de cabeza, originándose entre ellas una confusión indescriptible.

Entretanto los dos amantes, que habían cambiado de parecer, dirigíanse hacia los Ventisqueros. Juana no estaba, pues, en la gruta en el momento de la catástrofe, y habiendo tenido noticia de que acababa de ocurrir un suicidio y que el cadáver había sido conducido á la hospedería, la joven, muy supersticiosa, no quiso volver á ella y fué con su amante á tomar asiento en la diligencia de San Maximino para continuar el viaje.

No tuvo conocimiento de la muerte del joven hasta ocho días después, hallándose en Turín, cierta noche que llevó al teatro el diario de su país para leer la crónica local. Se cantaba *Mignon*, y tuvo valor para escuchar la opera hasta el fin.

¡Pobre Julio! Era demasiado joven y faltábale valor para soportar la existencia; si hubiera vivido, después de sufrir algún tiempo se habría consolado, porque de todo nos consolamos en este mundo.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL



SECCIÓN CIENTÍFICA

LA ÚLTIMA ERUPCIÓN DEL VESUBIO

VISITA DE EXPLORACIÓN AL VOLCÁN

Ya se recordará que el Vesubio tuvo hace poco un período de actividad notable que llamó poderosamente la atención pública.

El día 1.° de junio último abriéronse cuatro bocas alrededor del cráter central, en el interior del cono de erupción, que funcionaron hasta las diez de la mañana del día 7. En este día se vió que el lado norte del cono había sido minado y al mediodía aparecieron anchas hendiduras en la base del cono eruptivo. Poco después, á las cuatro de la tarde, dejóse sentir en la estación inferior del funicular un gran temblor de tierra acompañado de sordos ruidos y limitado al gran cono vesubiano, y simultáneamente la hendidura de arriba dió salida á un penacho de humo, que por lo general se escapa del orificio central, cosa que observé con interés descendiendo por el Posilippo, hasta las cinco y media, hora en que los bordes del cráter se desmoronaron hacia el interior y la grieta se extendió hacia abajo á lo largo del gran cono hasta casi la mitad de su altura, en donde se abrió un pequeño cráter por el que salieron algunas lengüetas de lava. Esta hendidura prolongóse hasta la base del cono y en el *Atrio del Cavallo*, yendo cada prolongación acompañada de desprendimiento de grandes columnas de vapor de un color negro característico, producido por la mezcla del polvo con otros materiales finos atravesados por la grieta. A las siete menos algunos minutos ésta atravesó el *Atrio* casi en el cuarto de su altura, dando origen á la mayor de estas columnas de humo negro y formándose en la parte inferior de la gran hendidura pequeñas grietas secundarias que dieron paso á una corta cantidad de lava.



Fig. 2. Aspecto de las fumorolas formadas sobre la lava del Vesubio durante la última erupción de 7 de junio de 1891 (De una fotografía del autor.)



Fig. 1. Cono de erupción del Vesubio. (De una fotografía del autor.) C, Cono de la última erupción. – L, Lengüetas de lava. – B, Boca de erupción abierta el 7 de junio de 1891. – F, Fumorolas.

El día 15 de junio hice una nueva visita al volcán, acompañado de los señores Elliot, Green, Linden, Newstead y Treiber, excelentes fotógrafos los más de ellos; de suerte que juntando mis aparatos con los que ellos llevaban pudimos obtener numerosos clisés que serán como un registro ilustrado de formaciones generalmente mal reproducidas. Subimos hacia el punto de salida de la lava, en el sitio en donde se juntan el pie del gran cono y el *Atrio del Cavallo*; la lava que allí había, la primera que cayó el día 7, habíase enfriado lo suficiente para que pudiésemos andar sobre ella, pero por algunos orificios podíamos ver á nuestros pies lava fluida todavía. Al pie del gran cono, y extendiéndose á medio camino á través del *Atrio*, siguiendo el radio de la grieta eruptiva cual si ésta se hubiese prolongado hasta allí, aparecía una serie de pequeños conos-fumorolas, de los que contamos siete completos y perfectamente formados: la mayor parte de estas fumorolas arrojaban chorros de vapor de un calor intenso, escapado de la lava que corría por debajo y que en muy poco tiempo carbonizó un pedazo de madera que en ella sumergimos. Alrededor de los bordes del orificio superior, la hematita, los cloruros de potasio, la soda, el hierro, el cobre en fusión, etc., se condensaban y fluían hacia la superficie exterior de la fumorola, solidificándose luego en curiosas y bellas estalactitas matizadas de colores y de naturaleza muy delicuescente.

La lava había manado primero en forma de abanico hacia el escarpe del monte Somma, de modo que hacia el extremo este llegaba hasta esta gran sección natural, hasta más abajo de la *Punta del Nasone*. Siguiendo, sin embargo, la inclinación natural del terreno, había torcido hacia el Oeste, y el día 15 de junio encontrábase precisamente en frente del *dyke* n.° 16 (*Geological map of Vesubius and Monte Somma*. Philip and Son, Londres, 1891), avanzando muy lentamente.

Esta lava es vidriosa y de granos toscos, especialmente en las inclusiones de cristales de leucita, al paso que en la superficie presenta el tipo plano ó *bahoehoe*.

En la cima del gran cono el desmoronamiento de las crestas continuaba sin cesar, pero en el extremo superior de la hendidura lateral, al pie del cono de erupción y en la cumbre del gran cono vesubiano, habían cesado casi por completo los desprendimientos de vapor.

El día 30 volví al cráter, acompañado de mi amigo M. A. Green. Toda la cima del gran cono estaba cubierta de una espesa capa de ceniza y polvo, en cuya superficie se encontraba como de costumbre la costra de cloruro verde amarillento, siempre tan rico en cobre que los clavos de mis zapatos quedaron enrojecidos por el contacto de este metal. El cráter se había ensanchado considerablemente y sus bordes aparecían surcados por anchas fajas que alternaban con grietas paralelas á las crestas libres. Fácil era con un bastón arrancar masas de esta substancia que formaba las paredes del cráter. La visita de las crestas era sumamente peligrosa; la experiencia que en punto á exploraciones del Vesubio tengo adquirida, indicábame que sólo por dos puntos podíamos acercarnos sin gran peligro; así lo hicimos y miramos hacia el fondo del cráter, bien que tomando grandes precauciones. Pocos días después de nuestra visita halló la muerte en esas mismas crestas el viajero brasileño Sr. Silva Jardim.

Dirigiendo nuestra mirada á unos 50 metros, en el interior del cráter pudimos ver el resplandor de una boca que tendría de dos á tres metros de diámetro. Las paredes del cráter eran cóncavas: una plomada cayendo desde el borde habría tocado al fondo del escarpe. El fondo del cráter estaba bastante unido.

En la mañana del día 30 de junio cayó en la estación inferior mucho polvo, del que recogí varios sacos; es la materia ordinaria, fina y arenosa de esta

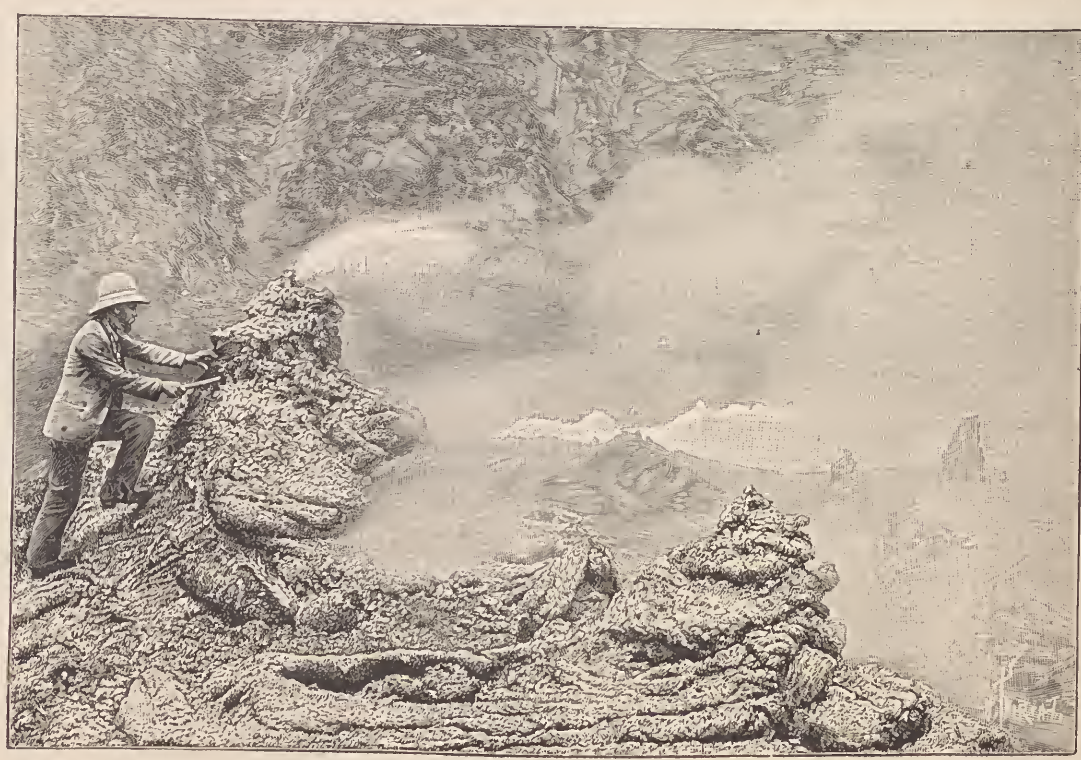


Fig. 3. Estudio de una fumorola por un ascensionista en el volcán del Vesubio. Formación del 7 de junio de 1891 (De una fotografía del autor.)

clase de erupciones, y consiste en substancias pulverizadas del cono de erupción.

Después de haber pasado la noche en la estación inferior del funicular, al día siguiente, 1.° de julio, atravesamos el *Atrio* y subimos al extremo oeste del monte Somma, que fuimos siguiendo de manera que pudiésemos obtener una vista general, á vista de pájaro, de toda la escena de la erupción, de la que sacamos fotografías en los puntos más importantes. En el centro de la cumbre encontramos una ligera capa de polvo fino encarnado que hasta allí y desde tan gran distancia había sido arrojado. Del mismo producto estaba también cubierta una parte del *Atrio*. Volviendo á bajar por el escarpe hasta más allá del *Cognulo di Ottajano*, hacia el *Atrio del Cavallo*, todavía visitamos el extremo inferior de la erupción. La mayor parte de las hermosas fumorolas estaban destruídas.

La lava había alcanzado ya un estado la completa solidez, aunque á unos 50 metros de la base del gran cono, un agujero nos permitió ver la roca fluida aún, que fluía lentamente á poco menos de un metro de nuestros pies.

Hacia el extremo de la ola la lava hacía considerables progresos en dirección al Oeste y se encontraba formando una misma línea con el dyke número 13.

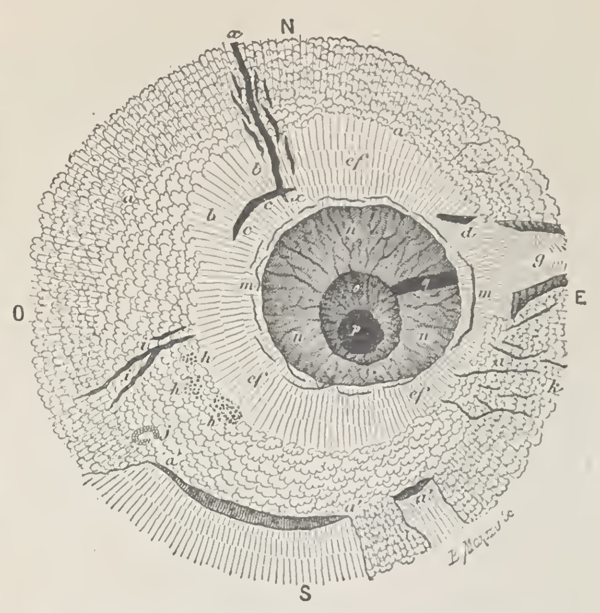


Fig. 4. Cima del gran cono vesubiano en 30 de junio de 1891. (Mapa levantado por el autor.) Límite del gran cráter de 1872 rebasado por la lava.

Desde entonces, el estado de la montaña ha sufrido pocas modificaciones; el cráter ha continuado ensanchándose, el polvo ha seguido cayendo á largas distancias y la lava fluyendo, fenómenos éstos cuya duración menor ó mayor depende de que se ensanche ó no la abertura de drenaje.

Las figuras 1, 2 y 3 dan una idea exacta de las extrañas formaciones geológico-volcánicas; la figura 4 representa el estado actual del cono, y las letras indican: *a*, *a'*, cráter aún visible; *b*, resto del cono de 1885-1886; *c*, parte del borde del cráter de mayo de 1886; *d*, cráter de mayo de 1889; *e*, *f*, parte del cono de erupción hasta el 7 de junio de 1891; *g*, grieta de mayo de 1889; *h*, manchas amarillas de lava descompuesta, de escorias y de polvo; *i*, grieta por donde se desprenden vapores de ácido clorhídrico; *j*, refugio de los guías; *k*, numerosas grietas en el borde SE. del cono; *l*, otras grietas en el borde NE. del gran cono; *m*, grietas en el borde del cráter que actualmente se forma; *n*, *o*, plataforma irregular en el fondo del cráter; *p*, boca principal; *q*, dyke hueco de las erupciones de mayo de 1889-1891 y otras anteriores; *x*, grieta y boca de vapor del 7 de junio de 1891.

H. J. JOHNSTON LAVIS

(De *La Nature*)



UNA METOPA DEL FRISO DEL PARTENÓN

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

TOMÁS SANZ. LIBRERO. SIERPES 90 y 92. SEVILLA

Año X — BARCELONA 28 DE SEPTIEMBRE DE 1891 — NÚM. 509

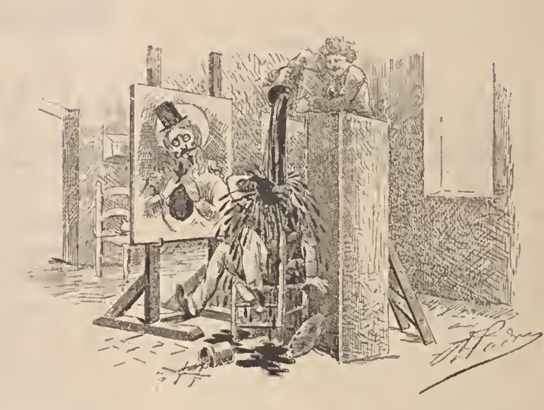
UN BROMISTA EMBROMADO, *por Padrós*



1



2



3

PUBLICIDAD EN LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

Á partir del pasado mes de Abril, ha empezado á publicarse una nueva Sección de Anuncios en las páginas I, II, III, IV de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, como puede verse en el presente número.

Basta fijarse en el gran número de páginas destinadas para anuncios, que figuran en las Ilustraciones francesas, inglesas, alemanas, norteamericanas, polacas, austriacas, etc., etc., y el elevado precio á que se pagan (algunos á 4 y 5 francos línea corta) para quedar convencido de la importancia que revisten esta clase de anuncios.

La ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es una publicación universalmente conocida, que circula principalmente entre las clases acomodadas y la buena sociedad española y americana, y cuya tirada, que es regularmente de

20,000 EJEMPLARES (más de UN MILLÓN de ejemplares cada año)

tiene que aumentarse todos los días por aumentar también el número de sus abonados.

Ofrecemos á nuestra clientela todos los medios de investigación necesarios para comprobar la exactitud de nuestra afirmación.

Exigiendo iguales justificantes á los demás periódicos, los señores anunciantes podrán convencerse de que la tirada de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es, no solamente superior á la de las otras publicaciones ilustradas, sí que también á la de la mayor parte de nuestros periódicos diarios.

Nuestra Sección de Anuncios resulta, pues, un poderoso elemento de publicidad para el comercio, pues entre sus muchas ventajas tiene la de ser un anuncio para toda España, igualmente que para las Antillas y América del Sur, cuyos mercados son actualmente el punto de mira de la industria española.

Como bajo el punto de vista de su permanencia, los anuncios de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA surten todos los efectos de un anuncio diario, porque cada número es leído por varias personas permaneciendo muchos días á la vista antes de ser coleccionado y encuadernado, publicamos quincenalmente nuestra nueva Sección de Anuncios.

Dirigirse para estos anuncios á los Sres. CALVET Y RIALP, Oficinas de Publicidad, Diputación, 358, bajos; BARCELONA

LA VISITA DEL ARQUITECTO, *por Guillaume*


1


2


3


4

(Continúa en la pág IV)

(Véase la pág. III)

LA VISITA DEL ARQUITECTO, *por Guillaume*


5


6


Tipografía LA ACADEMIA
Barcelona
Ronda de la Universidad, n.° 6